

**APORTES DE LA ANTROPOLOGÍA URBANA A LA  
CONSTRUCCIÓN DE LA DIMENSIÓN SOCIOCULTURAL DE LOS  
ESTUDIOS AMBIENTALES URBANOS**

**Trabajo final para optar el título de Magíster**

**Presentado por: JAIME BUITRAGO ALBA**

**Directora: ANA PATRICIA NOGUERA DE ECHEVERRI, Ph D**

**MAESTRIA EN MEDIO AMBIENTE Y DESARROLLO.  
AREA DE ESTUDIOS AMBIENTALES URBANOS  
FACULTAD DE INGENIERIA Y ARQUITECTURA  
UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA SEDE MANIZALES**

**Manizales, junio de 2005**

## TABLA DE CONTENIDO

APORTES DE LA ANTROPOLOGÍA URBANA A LA CONSTRUCCIÓN DE LA DIMENSIÓN SOCIOCULTURAL DE LOS ESTUDIOS AMBIENTALES URBANOS .....	3
PRESENTACIÓN .....	3
CAPITULO UNO .....	5
ANTROPOLOGÍA URBANA Y ASPECTOS SOCIOCULTURALES DE LA CIUDAD .....	5
1. LAS CIUDADES .....	5
2. ALGUNOS ELEMENTOS CARACTERÍSTICOS DE LA CIUDAD ACTUAL	9
3. ORÍGENES Y DESARROLLOS DE LA ANTROPOLOGÍA URBANA ....	15
CAPITULO DOS .....	19
EL COMPONENTE SOCIOCULTURAL DEL MEDIO AMBIENTE URBANO	19
1. EL MEDIO AMBIENTE Y LA CONSTRUCCIÓN DE LO AMBIENTAL URBANO .....	19
2. EL SISTEMA SOCIOCULTURAL .....	29
3. COMPONENTES DEL SISTEMA SOCIOCULTURAL .....	31
3.1 EL PARADIGMA TECNOLÓGICO .....	32
3.2 EL COMPONENTE SOCIAL .....	33
3.3 EL MUNDO SIMBÓLICO .....	35
3.4 CALIDAD DE VIDA .....	38
CAPITULO TRES .....	41
EL ESTUDIO AMBIENTAL DE LA CIUDAD Y LOS APORTES DE LA ANTROPOLOGÍA URBANA .....	41
1. LOS AMBIENTES URBANOS .....	41
2. LOS AMBIENTES URBANOS EN LA VIVENCIA CITADINA .....	51
3. ALGUNOS AMBIENTES URBANOS EN MANIZALES .....	56

3.1 AMBIENTES CONSUMISTAS.....	57
3.2 AMBIENTES RECREATIVOS.....	77
3.3 AMBIENTES DE IDENTIFICACIÓN.....	91
4. CONCLUSIONES.....	95
5. BIBLIOGRAFÍA.....	100

# **APORTES DE LA ANTROPOLOGÍA URBANA A LA CONSTRUCCIÓN DE LA DIMENSIÓN SOCIOCULTURAL DE LOS ESTUDIOS AMBIENTALES URBANOS**

## **PRESENTACIÓN**

Este trabajo propone formular algunas propuestas temáticas en el campo de los estudios urbanos, teniendo en cuenta la relación del componente ambiental de la ciudad con la antropología urbana, a partir de una perspectiva que integre tanto los aspectos ecosistémicos y físicos como los culturales, sociales y simbólicos. Se trata entonces de hacer énfasis en estos últimos contenidos, propios de la antropología y que son susceptibles de ser aplicados al medio ambiente urbano. Además se pretende establecer una relación muy estrecha entre esas dos disciplinas y estudiar aspectos que acerquen los dos campos de estudio.

En un primer momento se presentan algunos referentes teóricos sobre la ciudad, lo urbano y la antropología urbana con sus respectivos desarrollos históricos. Luego se conceptualiza alrededor de lo que se entiende por estudios ambientales urbanos y algunos de sus enfoques complementarios. Por último, se toman como referencia algunos de los temas que estudia la antropología urbana para hacer un ejercicio de “ambientalizar” la ciudad, mediante tres estudios de caso concretos.

Todo esto a partir de la necesidad imperiosa de indagar acerca de herramientas teóricas para el análisis de la ciudad, especialmente en el contexto globalizado del presente, lo que constituye una de las principales bases de estudio de la realidad social.

El objetivo general pretende determinar algunas de las principales perspectivas temáticas que aporta la antropología urbana para el estudio de la ciudad dentro de la dimensión sociocultural de los estudios ambientales urbanos. Los objetivos específicos, a su vez tratan de avanzar en profundizar las diferentes propuestas que existen para el estudio de la ciudad desde la antropología urbana y establecer la relación entre los estudios teóricos sobre la ciudad y el componente ambiental urbano, lo mismo que un acercamiento a la realidad de diferentes ambientes urbanos de Manizales.

La metodología se basará en análisis de textos, confrontación con la realidad mediante observaciones etnográficas en casos muy específicos y análisis hermenéutico. Esto, desde las perspectivas antropológicas de la descripción densa y los estudios microsociales.

Se trata de realizar un acercamiento a la forma de mirar, analizar, interpretar, estudiar, desglosar, algunos ambientes ciudadanos mediante por medio de los aportes de la antropología urbana. Los ambientes urbanos constituyen el punto de partida del presente estudio, diferenciándolos de lo que en la literatura temática se denomina el medio ambiente urbano. Los primeros, en este caso, son un componente muy específico de los segundos, que facilita la aplicación de la antropología urbana al análisis ambiental. No se trata de estudiar la ciudad en su amplia acepción, sino a partir de su componente ambiental urbano, desde algunas prácticas ciudadinas.

Existen muchos enfoques para el estudio de la ciudad, pero desde la perspectiva ambiental urbana son muy escasos, debido a la novedad del tema, en el que apenas se comienzan a configurar conceptos, componentes y metodologías. Sin embargo, a nivel de América Latina se destacan los trabajos del Instituto de Estudios Ambientales IDEA, de la Universidad Nacional, y en especial el capítulo de Manizales, que funciona desde 1991.

## CAPITULO UNO

### ANTROPOLOGÍA URBANA Y ASPECTOS SOCIOCULTURALES DE LA CIUDAD

#### 1. LAS CIUDADES

El origen de las ciudades ha sido objeto de amplias recopilaciones históricas y estudios desde diversas fuentes y enfoques disciplinarios. Las primeras manifestaciones las asocian con el periodo neolítico, cuando los grupos de cazadores y recolectores nómadas adoptaron una vida sedentaria y a partir de allí se consolidan los asentamientos humanos con la construcción de viviendas, la agricultura, la división del trabajo y la complejización de la estructura sociopolítica. También se refiere al lugar en el que se asienta una población, que mediante un proceso de desarrollo social y económico, adquiere una característica cultural determinada y diferenciadora. En su acepción semántica, la palabra proviene del vocablo latino *civitas*, que se refiere a una comunidad autogobernada e independiente, denominada en la antigua Grecia con el término de ciudad-estado. De igual manera se relaciona con *polis* que es el lugar de creación de la cultura (Arango y Salmona, 2000: 150).

Pero esta mirada diacrónica no es la que interesa para el presente estudio, que ante todo pretende destacar la importancia actual de la ciudad, desde un enfoque antropológico y sincrónico, sus formas de expresión real y viva, las maneras de habitar, sus diferencias culturales y los diversos usos que hacen de los territorios, desde una perspectiva compleja.

El pensamiento complejo, aplicado a la ciudad, es un tema bastante novedoso y se propone como un acercamiento entre ciencia y filosofía, denominado *complejidad restringida*, que pretende comprender lo que significa que nuestros grandes problemas se encuentran interconectados y son independientes: el todo es más que la suma de sus partes. Además, la

complejidad es un tema obligado para pasar de un orden a otro, de lo físico a lo biológico y de lo biológico a lo histórico social (Giraldo, 2000: 201).

En este sentido la propuesta de la complejidad permite interconectar elementos urbanos que funcionaban separados como es el caso de los componentes físicos, socioculturales y simbólicos. De manera que para pensar la ciudad, interrogamos el espacio y lo urbano como productos de la imaginación y por tanto, como creación de otras formas irreductibles a lo real medible y cuantificable, a lo físico espacial, mostrando lo más específico del espacio urbano, el espacio donde el ciudadano es (Giraldo, *ibid*: 203).

El medio ambiente urbano es expresión colectiva de la ciudad, donde el ciudadano es el actor principal y no tanto lo construido, base del paradigma tradicional que en su recorrido histórico destacó de manera primordial características físicas, estilos de construcción, modelos de análisis espacial y la tendencia hacia una estructura totalizante. En el contexto de este estudio, se trata de ver las ciudades como construcciones sociales, culturales, mentales, emotivas y simbólicas realizadas por sus habitantes. La identificación antropológica permite la indagación acerca de las relaciones colectivas, la búsqueda de sentido del ser, lo que hace, piensa y vive y no simplemente el lugar donde habita, complementada con los estudios acerca de la diferencia, la otredad, la alteridad y la diversidad.

La ciudad entonces posee múltiples rostros que invitan a explorarla para conocerla y vivirla, trascendiendo los aspectos físicos, sin abandonarlos en su totalidad, hacia un constructo de la imaginación, la vivencia, lo cotidiano, los objetos, los lugares que poseen un sentido para el que los usa y el que los vive. Está compuesta por una infinita gama de sensaciones físicas, emotivas, sociales que se encuentran interconectadas a los espacios físicos, pero con una fuerte connotación simbólica y estética.

La ciudad contemporánea es entendida también como la construcción mental que los ciudadanos elaboran con base en sus percepciones y experiencias (Saldarriaga, 2000: 158), que la hacen digna, liberadora, disfrutable o, dinamizan y mantienen la vigencia de los factores que generan el desorden y la agresividad (Viviescas, 2000: 53). De esta manera, las ciudades adquieren unas marcas que las identifican como apacibles, vivibles o “buenos vívideros”, tranquilas, confortables; o por otra parte, como peligrosas, invivibles, agresivas, opresivas u otras categorías que relacionan el espacio físico de la ciudad con el imaginario cultural que crean y recrean sus habitantes.

Lo cotidiano también es otra mirada donde lo importante es el movimiento y la conjunción de espacios diversos, desde lo real a lo onírico, que se entrecruzan y se complementan para dar una imagen de ciudad sujeto, pero a la vez objeto, ciudad múltiple y fragmentaria. Detrás de la ciudad real, hay otra ciudad, que se esconde y pugna por salir y que es básicamente subjetiva, transhumante, o metafórica (De Certeau, 1996: 105-107).

Un aspecto muy importante es diferenciar la ciudad de lo urbano. Mientras la primera es un asentamiento de construcciones estables, habitado por una población numerosa y densa, la urbanidad es un tipo de sociedad que puede o no darse en la ciudad y trasciende sus límites en tanto que territorio (Delgado, 1999a: 11-12), no consiste en la aglomeración de edificios sino en los espacios que están entre ellos y está definida por el espacio público (cfr: Arango y Salmona, 2000: 150).

Más allá de la visión que se tenga sobre las ciudades en la contemporaneidad, también deben percibirse desde su funcionalidad, como espacios para vivir, que se caracterizan por la crisis social y de convivencia. De igual manera se comienzan a saturar de productos y actos propios de la sociedad de consumo como la contaminación auditiva, visual y cultural, que deterioran la calidad de vida y generan cambios comportamentales. De ahí, que las ciudades como espacios de luchas financieras, comerciales y tecnológicas, debe volver a



pensarse como lugar donde se teje lo social (Silva, 2000a: 109) y contribuyan a mejorar las condiciones ambientales de sus habitantes.

La ciudad es un tema de palpitante actualidad por el fenómeno de las grandes concentraciones de población que se asientan, con todas sus consecuencias, derivadas de su tamaño colosal e innumerables problemas y la necesidad de estudiarlas desde múltiples perspectivas.

En un sentido global, teniendo en cuenta los grandes cambios a los que se encuentra sometida la realidad mundial, la ciudad constituye un espacio de relaciones multidimensionales en el que se desarrollan los principales acontecimientos de cambio social; lugar de confluencias, complejidades, sobreposición de dimensiones analíticas y asentamiento de diversas representaciones de la realidad. El avance de la globalización impone a los centros metropolitanos nuevas formas de organización físico-territoriales, que articulen los procesos productivos y de gobernabilidad de los territorios circundantes. Estas transformaciones generan importantes cambios socioculturales, principalmente referidos a las formas de habitar el espacio urbano, las cuales abren nuevas perspectivas y desafíos a la antropología urbana.

La ciudad se puede estudiar desde diversas perspectivas y enfoques interdisciplinarios, pero el que interesa en este caso, es el que relaciona el enfoque cultural de la antropología urbana con el componente ambiental de los estudios ambientales urbanos, para el desarrollo del componente sociocultural de estos últimos. Se trata de dos puntos de vista complementarios, cuya articulación es relativamente novedosa, aunque los estudios antropológicos urbanos tienen una mayor tradición que los ambientales urbanos.

Una verdad evidente es que existe un gran desconocimiento por parte del ciudadano común y corriente, respecto a la ciudad, a la relación cotidiana que establece con ella y la necesidad de indagación acerca de su “naturaleza”, no sólo biofísica sino ambiental. A pesar de que habita la ciudad, la disfruta o la usufructúa, no tiene conciencia de vivirla, de su sentido de pertenencia, lo mismo que el impacto que ello le genera. Así, este estudio trata de percibir la ciudad inmediata, cotidiana, perceptible a primera vista, a la manera de un transeúnte que desprevenidamente la pasea, la vagabundea, o la deja pasar delante de él; todo esto desprovisto de prevenciones, esquemas, modelos o mirada históricas.

## **2. ALGUNOS ELEMENTOS CARACTERÍSTICOS DE LA CIUDAD ACTUAL**

En la presente propuesta es importante destacar tres elementos, fundamentales para la interpretación y comprensión de la ciudad contemporánea, que contribuyen a afianzar la mirada sobre el componente sociocultural del medio ambiente urbano: el patrimonio, lo estético y la globalización.

El concepto de patrimonio cultural realiza aportes para el análisis de la ciudad y de lo urbano, al asumir tanto los aspectos físicos (patrimonio natural y tangible) como los sociales y simbólicos (patrimonio intangible). Es un concepto transformado en los últimos años, que abarca un sinnúmero de actividades humanas que antes no se estudiaban en profundidad. El patrimonio cultural es aquello que se reclama como más representativo o patrón de cohesión de una comunidad dada (cfr: Salmona y Jaramillo, 1990), pero también como un conjunto de bienes materiales e inmateriales a los que se les atribuye una carga de valor colectivo (Creixell y Sala, 1997: 2). A nivel sociocultural se requiere una deconstrucción del concepto que en la tradición lo asocia con lo monumental, arquitectónico y apegado al pasado, para generar una visión de tipo constructivista que tenga en cuenta los desarrollos históricos, los cambios conceptuales y teóricos, y una reinterpretación de sus componentes.

El patrimonio cultural se concibe entonces como la variedad de bienes que incluyen no solo monumentos importantes, áreas históricas y jardines, sino también el entorno construido por el hombre como un todo (Jokilehto y Feilden, 1995: 30), concepto omniabarcante y multifacético, propio de la ciudad, que implica procesos realizados desde los espacios físicos, los elementos socioculturales y el mundo simbólico.

De todo esto surge la pregunta sobre el sentido que puede tener el patrimonio sin un ciudadano que lo valore, lo disfrute, lo goce, lo apropie o lo degrade. Pero también, si los elementos materiales poseen valor por sí mismos, sin el significado que le van dejando los usuarios, a través de esas marcas del tiempo, que son las huellas, las historias, las vivencias. Estos son patrimonios que pertenecen al mundo de lo efímero y lo coyuntural, pero de igual manera, vitales, no tanto para el que lo observa y estudia sino para el que lo vive.

La vieja polémica entre lo monumental y lo cultural debe superarse para dar paso a una explicación, interpretación y comprensión integrales, a partir de las cuales se pueda configurar un todo ambiental. Para eso se requiere la apertura de las ciencias y disciplinas, que pasen de sus propias certezas, hacia la incertidumbre, la inestabilidad, las variaciones, la irreversibilidad, la interdependencia (Maldonado, 1999: 6-7). Así, la ciudad se presenta como un campo de estudio donde las certezas de los modelos y de los sistemas de planeación han dejado lugar a la inestabilidad que genera una realidad caótica, cada vez más evidente.

Muchas discusiones se han dado alrededor de la relación entre cultura y estructura de la ciudad, pero es necesario afirmar que para la antropología es lo sociocultural lo que crea el espacio urbano y no al revés (Arturo, 1994a: 25). El ser humano interviene constantemente los territorios, concebidos como expresión cultural del manejo, apropiación, explotación y administración de los espacios físicos. Así, la ciudad cambia sus sentidos desde una visión fiscalista y modélica, de concepción lineal y mecanicista hacia una visión que tiene que ver

con la dinámica, la incertidumbre y el caos. Todo esto, a partir de los cambios en los paradigmas científicos y la ampliación de las perspectivas artísticas y culturales sobre las que se estructura una “nueva ciudad” más completa pero al mismo tiempo más compleja. Se trata entonces de examinar lo que tiene de cultural el patrimonio, teniendo en cuenta los cambios actuales, vertiginosos e impredecibles, tanto en los territorios urbanos, como en la concepción sobre la cultura.

La cultura en la actualidad se asume específicamente a partir de dos posiciones, algunas veces irreconciliables, una de carácter territorial y física con implicaciones ambientales y delimitantes y otra, de tipo interpretativo y postmoderno. Esto implica un proceso de resignificación desde su acepción tradicional tayloriana como complejo total que incluye conocimiento, creencia, arte, moral, ley, costumbre y otras aptitudes y hábitos adquiridos por el hombre como miembro de la sociedad (Bohannon y Glazer, 1992: 64), hacia la concepción de Geertz de ver al hombre como un animal inserto en tramas de significación y que su análisis ha de ser por lo tanto, no una ciencia experimental en busca de leyes, sino una ciencia interpretativa en busca de significaciones (Geertz, 1992: 20).

A esto hay que agregarle la propuesta de los Estudios Culturales que concibe la cultura desde el mundo simbólico y en una perspectiva globalizante, alejada de los condicionamientos estatales. Mediante la teoría crítica de la cultura reconoce que su objeto de estudio es una *construcción social*, dentro de una realidad dinámica y relaciones sociales organizadas como *espacio de lucha y de confrontación* de intereses (Castro Gómez. 2000: 93-98). Se asume desde una posición de continua pugna por el reconocimiento y la significación hacia la construcción de sentido y como el lugar de comprensión de las transformaciones de la experiencia social (Martín-Barbero, 1991: 151 ss). Además, se encuentra anclada en relaciones de poder de carácter mundial y su construcción se convierte en el principal campo de batalla ideológica de los intereses opuestos al interior del sistema-mundo (Wallerstein, 1999: 171).

Estas propuestas de entender la cultura como un “espacio de lucha, de confrontación” (Castro Gómez), o desde “lugar de comprensión de las transformaciones” (Martín Barbero), o “el campo de batalla del sistema-mundo” (Wallerstein) implican un cambio radical en la cultura. Se pasa entonces desde una concepción restrictiva, localizada espacialmente, hacia una acción más dinámica y amplia, desarrollada a nivel planetario, dentro de nuevos parámetros sociales, económicos y políticos. Pero es necesario aclarar que son propuestas no generalizables porque aún existen grupos humanos que conciben la cultura desde las relaciones colectivas, la pertenencia a un territorio y la valoración de su identidad, asociadas también al fenómeno de resignificación del ámbito local.

El patrimonio tiene que ver también con la memoria colectiva, en la que se incorporan costumbres, relatos, imágenes y hechos concretos que representan textual y simbólicamente el transcurso de una comunidad humana en el espacio y en el tiempo, a partir de nociones de permanencia y cambio. Además tiene que ver con el sentido de apropiación colectiva de lo público, el reconocimiento del espacio como propiedad de la comunidad y la relación con lo propio; pero también como actitud de reconocimiento de la diferencia, de lo propio del otro.

De esta manera, se requiere involucrar el patrimonio en la vida de los individuos y las comunidades, principales usuarios, que le dan valor y sentido, teniendo presente que los estudios sobre patrimonio realizados desde la perspectiva arquitectónica, conservacionista, le restan importancia a los cambios y los desligan de los usos ciudadanos, de acuerdo con sus costumbres, hábitos o creencias. Por esto, se requiere de un trabajo interdisciplinario en el cual la antropología urbana contribuye a la construcción de los patrimonios intangibles, ampliando el concepto y retomando los estudios contemporáneos que conciben el patrimonio como expresión temporal de la cultura y los territorios como su manifestación.

Otro elemento importante de la ciudad de hoy, como centro de transformaciones de la sociedad en todos sus aspectos es la componente estética, como forma de expresión, no sólo artística, sino de creatividad humana que expresa valores. La ciudad es un artefacto físico que simboliza sus elementos sociales subyacentes, pero también espacio estético (Glick, cfr: 1992: 39), que conecta el arte y sus manifestaciones con la vida cotidiana. Vivimos en la alucinación *estética* de la realidad y esta disolución de fronteras entre la realidad y la ficción se repite en nuestras experiencias individuales y colectivas (Baudrillard citado por Montoya, 1999: 4). Esto, desde una concepción ampliada de la estética, en la cual el arte contribuye a las transformaciones sociales.

La estética nombra otro de estos lugares intermediales, transversales, nómades, que abrió una fuente de comprensión del mundo, sobre la realidad histórico-social (Martín-Barbero citado por Rojas López, sf: 76). La ciudad actual es un crisol donde se desarrollan las mayores producciones humanas, donde los movimientos artísticos y estéticos generan cambios que repercuten directamente en los comportamientos socioculturales, y se presenta un acercamiento importante entre la psicología, la estética y la ética, hacia la búsqueda de nuevas formas de convivencia y reconocimiento de los grupos culturales.

Así, la ciudad es una experiencia sensorial, estética, aunque para los pragmáticos es masa construida y para tener una concepción integral se requiere unir estos dos enfoques, como artefacto construido (Glick, 1992: 71). Los artefactos construidos son los pilares de la ciudad material que sirven de base a la construcción urbana como espacio de múltiples dimensiones que se superponen, se yuxtaponen y se cruzan.

La ciudad es un entramado de interpretaciones y construcciones imaginarias subjetivas, donde ella misma es una construcción estética desde las perspectivas restringidas y expandidas. Pero, también es el dispositivo técnico-social por excelencia donde *cultura contemporánea* y *cultura de la metrópolis* se han convertido en expresiones sinónimas

(Montoya, 1999: introducción x). Históricamente la fuente de la cultura ha sido la ciudad, pero en los últimos tiempos adquiere mayor importancia por la globalización cultural, la primacía de los medios de comunicación y los procesos de metropolización, entre otros.

En esta época la estética contribuye a la consolidación de un campo de estudio urbano donde confluyen diversas miradas disciplinarias, posibilidades de estudios alternativos, múltiples relaciones que excluyen los modelos prefigurados o simplificadores y como construcción en permanente transfiguración, no sólo física-espacial, sino sociocultural y simbólica. Cumple un papel central en la reconstrucción y deconstrucción de la ciudad contemporánea, hacia miradas investigativas más amplias y la conformación e interrelación de ambientes nuevos para el habitante de la urbe.

Por otra parte, en el actual proceso de globalización, las ciudades adquieren una significativa importancia como asiento de las actividades humanas fundamentales, por su densa urbanización, por los fenómenos de conurbación y metropolización, y por el hecho de estar cada vez más vinculadas a un sistema internacional de relaciones económicas. Las ciudades están experimentando una profunda y rápida transformación, orientada por la revolución tecnológica, que tiende a concentrar a la población en aglomeraciones, parcialmente discontinuas, de características socio-espaciales históricamente nuevas, donde se juega el destino de la humanidad (Borja y Castells, 1997: 21-22).

En este contexto, las relaciones entre ciudad y comunicación son bastante estrechas y crean situaciones que impactan el medio ambiente, debido a la “contaminación” cultural. Esta, se considera una tendencia de las ciudades modernas que genera una gran proliferación de mensajes, símbolos, logos e imágenes, que incentivan el consumo y crean una sensación de saturación por medio de la publicidad, las promociones, los mensajes radiales, televisivos y las vallas de propaganda, entre otros medios. Este impacto ambiental es significativo, porque los mensajes cambian, muchas veces de manera silenciosa e imperceptible, los

modos de vida, las costumbres, las actividades cotidianas y los imaginarios, mediante mecanismos orientados al consumo dentro de la sociedad de mercado. Así, las telecomunicaciones no solo acercan las geografías, sino que también modifican nuestros espacios físicos y vitales (Giraldo, 1999: 78).

Hoy existe una mayor comunicación a través de los medios pero al mismo tiempo se generan crisis de convivencia, lo mismo que rupturas generacionales y culturales que fragmentan la sociedad. De esta manera, la ciudad imaginada se instaura como uno de los más poderosos paradigmas (Silva, 2000a: 119). Interesante metáfora, fuente de estudios desde aspectos simbólicos y estéticos, que trata de dilucidar la forma en que los ciudadanos perciben y “usan” su ciudad, mediante la relación entre los procesos comunicacionales y el imaginario.

### **3. ORÍGENES Y DESARROLLOS DE LA ANTROPOLOGÍA URBANA**

La antropología urbana es una de las disciplinas clásicas dentro de los estudios urbanos, que se consolida mediante los trabajos de la Escuela de Chicago, en los años veinte y treinta, derivada del gran crecimiento de la ciudad entre finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX, en Estados Unidos. Esto, debido a las migraciones nacionales e internacionales y al impacto cultural que generaron los grupos minoritarios o marginados, que produjeron un gran desarrollo industrial y la consolidación de movimientos obreros y sindicatos, reivindicativos de sus derechos.

En ese ambiente surge la antropología urbana que pretende la caracterización sociocultural de la ciudad mediante los métodos cualitativos y comparativos, aplicados a objetos de conocimiento nuevos. Además, realiza investigaciones intensivas, no sólo desde la perspectiva modélica tradicional, sino a la manera de sistemas que integran elementos de



diverso tipo. Estos primeros estudios pretenden un nivel de generalización, apoyados en investigación etnográfica y trabajo de campo de manera coherente y sistemática (Ulloa, 1999: 142).

Robert Redfield, el más importante precursor de los estudios urbanos, realizó investigaciones combinando la teoría sociológica con la antropológica en el trabajo de campo, mediante el estudio de los comportamientos que se dan en la ciudad, en contraste con lo rural o *folk* y los procesos transculturales, que sirvieron de base para investigaciones sobre tradición y modernidad. Mientras Redfield investigó desde la perspectiva rural y el tipo “ideal”, la escuela de Chicago lo hizo desde lo urbano, teniendo en cuenta la migración del campo a la ciudad, y los impactos de esa nueva ubicación y su adaptación a un nuevo entorno social y cultural.

La antropología urbana es una subdisciplina que se consolida al tomar la metrópoli como objeto de estudio, por la necesidad de conocer en profundidad a las sociedades complejas o industriales, caracterizadas por su heterogeneidad, el acelerado crecimiento poblacional, los problemas relacionados con las migraciones y la generación de pobreza en los barrios populares, entre otros. Estos grupos marginales habían sido tradicionalmente estudiados por la antropología en su ambiente natural y no en la ciudad, lo que constituye un nuevo reto para el antropólogo.

La antropología tradicional ha trabajado sobre grupos rurales, más consistentes y diferenciados, como los indígenas y los campesinos, en tanto que el antropólogo urbano lo hace sobre territorios ilimitados, multiformes, permeables al cambio, conformado por estructuras líquidas e instituciones que no son estables (Delgado, 1999a: 18). De esta manera la antropología urbana se presenta, más bien como una antropología de lo urbano, un modo de vivir la ciudad, hecha de disoluciones, de socialidades frías, de vínculos débiles y precarios, de simultaneidades y dispersiones (Cfr: Lefebvre citado por Delgado, 1994:

12). En este sentido, el objeto de la antropología urbana, está constituido por secuencias, momentos y hechos sociales que remiten a microsociedades (Delgado, 1994: 17-18) y los antropólogos urbanos pueden ser considerados como urbanólogos o antropólogos que analizan un tipo particular de ordenamiento (Hannerz citado por Delgado, 1999a: 11). Todo esto genera una representación de la ciudad bajo situaciones en constante cambio, que se alteran, se escurren, que son móviles y muy difíciles de controlar.

En la actualidad, teniendo en cuenta un contexto globalizante, de urbanismo acelerado, las diferentes concepciones sobre la ciudad, las migraciones y otros fenómenos sociales, se exigen nuevos paradigmas de investigación. La antropología aporta algunos elementos metodológicos y de análisis, que se deben complementar con propuestas de otras disciplinas para realizar una integración de saberes. Aparte de su contribución a la formulación de políticas sobre planificación, ordenamiento urbano y estudio de los problemas, mediante la participación ciudadana; la antropología urbana aporta elementos temáticos para comprender la ciudad en su dimensión humana, se dedica a estudiar la vida de sus habitantes, a observar, describir y analizar los actores y comunidades que la conforman, dentro de un ámbito cultural, social y económico muy preciso. Estudia además al “otro”, al extraño, dentro del contexto de la alteridad y la multi, pluri e interculturalidad.

Un cuestionamiento importante que se hace a la antropología urbana, es que en su afán de estudiar “las otras culturas”, los grupos de inmigrantes que algunas veces se convierten en marginados, se ha preocupado muy poco por el ciudadano como tal, el que nació y creció en la ciudad, y que tiene un sentido de pertenencia diferente al de los migrantes.

De esta manera comienzan a aparecer una serie de modelos que tratan de explicar ya no tanto la estructura urbana o la conformación física de la ciudad, sino la manera como funciona, como se relacionan sus elementos y la forma en que sus habitantes se comportan, donde se combinan diversas teorías sociales, y se establece una importante relación entre la

cultura y los planteamientos ecológicos. La ciudad entonces transforma su mirada desde sus características técnicas e instrumentales hacia componentes socioculturales y simbólicos, que la convierten en un campo de estudio cada vez menos definible en su totalidad.

## **CAPITULO DOS**

### **EL COMPONENTE SOCIOCULTURAL DEL MEDIO AMBIENTE URBANO**

#### **1. EL MEDIO AMBIENTE Y LA CONSTRUCCIÓN DE LO AMBIENTAL URBANO**

Las transformaciones socioeconómicas, culturales e ideológicas surgidas desde mediados del siglo XVIII, dan paso a la Revolución Industrial y su consecuente modelo de desarrollo que genera la destrucción de los recursos naturales y la degradación de la calidad del aire, del agua y, en general, del ambiente de la ciudad. También, la concentración urbana de la población y espacial de la actividad económica en la contemporaneidad genera problemas de gran impacto y fuertes desequilibrios en la conformación de los territorios y de la sociedad.

En el aspecto ambiental, los ciudadanos requieren del uso de grandes cantidades de recursos renovables y no renovables, de terrenos adecuados para la construcción de vivienda, de fuentes de empleo suficientes y más y mejores equipamientos. Pero la satisfacción de estas necesidades, a su vez, genera altos niveles de contaminación de aire y de agua, mayor presión sobre tierras cultivables, degradación de los terrenos, concentraciones de ruidos, asociados al uso indiscriminado de mensajes publicitarios, entre otros. A esto se suman las implicaciones socioculturales y económicas, traducidas en problemas como marginamiento, pobreza, deterioro de la calidad de vida, mayores diferencias sociales y condiciones infrahumanas de sobrevivencia. Estos factores sumados, crean una sensación de malestar, que se manifiesta bajo la forma de ambientes urbanos hostiles.

La mayoría de las necesidades vitales de los ciudadanos no son satisfechas, y cada vez es más difícil lograrlo, especialmente en América Latina, debido al modelo neoliberal de desarrollo imperante, que actúa mediante el recorte de los gastos sociales en situaciones de pobreza y marginamiento. Esto a su vez, produce una mayor incidencia social de los grupos de delincuencia común, prostitución, drogadicción, o que en general hacen uso de medios ilegales para sobrevivir, generando un medio ambiente inadecuado para el desarrollo integral de la ciudadanía. A esto se suma el arribo a sus periferias de migrantes que buscan mejores posibilidades de subsistencia por problemas de pobreza o violencia en el campo, derivados de la falta de incentivos para la producción agropecuaria o por situaciones de orden público.

Además, la localización de la industria en la ciudad produce focos de contaminación y degradación del ambiente, segregación social y especialización espacial y son los grupos sociales más vulnerables los que deben asumir en mayor medida estos costos ambientales y sociales.

En la ciudad existe una inmensa cantidad de factores que actúan sobre los asentamientos, tales como la ubicación del terreno, el uso de los materiales, la cercanía a sitios que generan energías negativas, entre otros, que sumados en su conjunto influyen sobre la salud, los estados de ánimo o la calidad de vida de las personas. Pero más allá de estas problemáticas de tipo técnico-instrumental y material, se requiere estudiar otras condiciones de tipo sociocultural que afectan positiva y negativamente a los ciudadanos en su cotidianeidad y les generan un medio ambiente adecuado o inadecuado para su subsistencia. De esta manera, la gestión ambiental requiere para la toma de decisiones, información actualizable acerca de la configuración territorial urbana en materia de provisión de servicios e infraestructuras, pero también de condiciones de calidad de vida, tomando el concepto en un sentido integral, no sólo funcional o material.

En la ciudad actual se presentan movimientos sociales y propuestas institucionales para valorar los espacios físicos y sociales, generar experiencias compartidas y la construcción y reconstrucción de tejido social, tales como las acciones para la recuperación de parques, zonas verdes y, en general, espacios públicos, no sólo como lugares de contemplación sino de disfrute.

Es importante destacar el sentimiento de nostalgia que siente el hombre actual de la ciudad por el campo, por vivir fuera de la ciudad y lograr un ambiente parecido al que disfrutaba en las zonas rurales. Muchos conjuntos cerrados o casas campestres son construidas en los alrededores de la ciudad, donde se conservan características naturales y por la necesidad de lograr un ambiente más puro, menos contaminado, más reposado y cercano a la naturaleza. En ciudades intermedias se encuentran permanencias culturales de las zonas rurales, expresadas en los solares o patios de casas antiguas con cultivos de productos del campo, lo mismo que la tendencia a tener en la casa plantas de adornos o mascotas.

En Colombia, el tradicional “paseo de olla” es otra de las costumbres que se quieren recuperar, incorporada a caminatas y paseos ecológicos, lo mismo que a la construcción de parques y senderos ecológicos, al estilo del Parque los Yarumos en Manizales. Un caso interesante en este sentido es el de PANACA en el Quindío, un zoológico de especies animales domesticadas, que llama mucho la atención porque los niños en las grandes ciudades de hoy no tienen la posibilidad de mantener un contacto directo con estas especies, como si lo pudieron hacer los niños de otras generaciones.

También es de destacar la práctica que realizan en ciudades grandes e intermedias de descontaminación de ríos y recuperación de sus fuentes, a pesar de los cuestionamientos sobre la posibilidad de tener ríos en las ciudades, con aguas tratadas y descontaminadas pero que circulan por canales de concreto, donde difícilmente se reproducen especies de plantas acuáticas y animales, propias de los ríos naturales.

El campo de estudio de lo ambiental urbano entonces es bastante extenso, pero tradicionalmente se ha enfocado desde la contaminación, en general o la disposición de servicios con un enfoque ingenieril, economicista e instrumentalista. Este, deja de lado factores, tanto de tipo humano como contextuales, fundamentales para entender los procesos en su integridad e imbricaciones, así como las condiciones culturales y la adaptabilidad, tanto física como social.

Por otra parte, dentro de los estudios sobre la ciudad se discute si esta se puede considerar como un ecosistema o, por el contrario como un sociosistema complejo, “laboratorio” en el cual se construyen y deconstruyen valores, normas, imágenes del mundo, sueños relaciones afectivas, dinámicas sociales, diferenciaciones culturales, agrupaciones solidarias (Noguera y Echeverri, 1999: 1). En este caso, el concepto de sociosistema se debe trabajar desde la complejidad y la ciudad como su representación, a partir de la concepción de que un sistema es un conjunto de partes que funcionan como una sola entidad y que se considera complejo, no porque tenga muchas partes, sino por la manera en que se organizan y la dinámica que poseen (OConnor y Mc Dermott, 1998: 30-37).

La ciudad entonces, se considera un sistema complejo, signado por determinaciones culturales (Perfil Ambiental Urbano, 1995, 27). La ciudad se ha estudiado tradicionalmente fragmentada, desde un punto de vista monodisciplinar, pero requiere percibirla bajo los criterios de totalidad compleja, sin caer en el extremo de verla como un todo uniforme, modélico y homogéneo. Pero también estas miradas totalizantes son muy cuestionadas, en especial en las grandes ciudades, metrópolis o megalópolis donde es muy difícil concebir una entidad integrada de manera sistémica.

También es necesario establecer que la ciudad, no es un ecosistema sino un producto de la cultura, porque su dinámica se diferencia de las leyes que rigen los procesos naturales

(Perfil Ambiental Urbano, 1995, 13-14), y se asientan una gran diversidad de actividades que inciden en el comportamiento individual y colectivo de los ciudadanos, asociadas a los espacios físicos y naturales pero que también trascienden hacia lo simbólico.

Tanto la antropología urbana como la ecología no pueden concebir la ciudad sin el territorio porque el ser humano necesita tener referentes espaciales sobre los que construye sus relaciones culturales, en espacios como el barrio, la calle, el parque, la plaza. La relación entre estructura ecosistémica y estructura construida, ésta última propia de la ciudad, no es estática sino que depende de la lectura, interpretación y conocimientos del entorno, lo mismo que del intercambio entre lo natural y lo artificializado o construido; pero también de las relaciones de tipo emocional que adquieren los objetos construidos y el significado cultural que les otorga el ciudadano, mediante su apropiación cultural. La imbricación entre lo natural y lo construido es fundamental para descifrar lo que pasa al interior de la ciudad, entendiendo que lo construido no es solo lo material sino un campo de infinitas realizaciones que se desarrollan bajo el ámbito de la cultura.

Para entender el tema de la dimensión ambiental urbana es importante retomar la relación entre lo urbano y lo rural que forman parte de una red que ya no se presenta como separación, sino como complemento. El primero, más desarrollado, en el que el hombre actúa más agresivamente, es el reinado del hombre y sus obras, mientras que segundo es menos elaborado, físicamente más abierto y más cercano al estado de naturaleza (Pineda Giraldo, 1994: 74). También en el sector rural se expresa una menor cantidad de satisfactores de necesidades y aspiraciones, mientras que en el urbano se actúa bajo un consumismo extremo con todas sus consecuencias ambientales, tales como la producción de grandes cantidades de residuos y basuras y la proliferación de contaminantes visuales, auditivos y culturales.



En otro sentido, el historiador moderno niega cualquier forma de presencia de la “naturaleza” en el devenir de la ciudad y la separación entre naturaleza y cultura se expresa en la separación entre campo y ciudad (cfr: Noguera, 2000: 13). Esto conduce hacia una mayor desnaturalización de la ciudad y por lo tanto a la exacerbación de sus elementos culturales, artificiales y simbólicos. Así, el habitante de la megalópolis, se encuentra sumergido en un mundo demasiado inesperado, caótico y cambiante; rodeado por imágenes, mensajes, símbolos e infinidad de estímulos que no le permiten una relación estable con su realidad. Esa desubicación con respecto a su medio natural y su incorporación a un medio artificializado genera necesariamente alteraciones de personalidad y de conducta, ya que se siente prisionero de la “selva de cemento”, pierde los referentes naturales de tiempo y espacio, debe adaptarse a situaciones nuevas y cambiantes, a un ritmo de vida más intenso y un aumento de la incertidumbre.

Lo rural y lo urbano entonces poseen ritmos vitales diferentes y muchas veces excluyentes, que inciden en los comportamientos personales, sociales y culturales de sus habitantes. Lo rural es por esencia lo tranquilo y sereno mientras lo citadino es la primacía del ritmo acelerado y la desubicación espacial constante. Así, el habitante de la megalópolis pierde sus raigambres en la naturaleza y no puede tampoco arraigar en la gran ciudad (Cruz Vélez citado por Pineda Giraldo, 1994: 74). Esta condición de desarraigo es fundamental para entender el medio ambiente urbano, donde muchos ciudadanos, sienten la urbe como un lugar “otro”, un ambiente extraño, donde el “acelere” citadino, es una característica asociada a la globalización y el consumo cultural.

Estos procesos contribuyen a valorar el papel dinámico que cumple el sujeto dentro de los procesos de conocimiento de lo ambiental urbano, bajo una interpretación probablemente menos objetiva pero con la pretensión de ser más humana. De esta manera se establece una estrecha relación entre los componentes ecosistémico y sociocultural, que pretende descifrar una realidad constituida por elementos, no dispersos, a pesar de su aparente

realidad caótica, sino conectados por un orden “natural” que el hombre en su afán desmedido de poder ha quebrantado y del que ha sido excluido.

Los temas que estudia la ecología clásica se refieren a los procesos naturales, excluyendo al hombre, protagonista de primer orden dentro de los conflictos que la afectan, de manera que se presenta como el estudio de las leyes del ecosistema que regulan el funcionamiento de los sistemas de vida, sin la intervención de la actividad humana (Angel Maya, 1996: 25) Desde otra óptica, es la parte de la biología que se refiere a la relación de los seres vivos y su medio ambiente, mediante un proceso de competencia, selección y cooperación, incluido el hombre desde un ángulo social (Chueca, cfr: 2000: 222).

De esta manera se presentan dos posiciones opuestas respecto al papel del ser humano en el campo de lo ambiental. Para entender la manera como se construye un pensamiento y una práctica ambiental en la ciudad es necesario tratar las relaciones entre la urbe y la ecología, incorporado al ciudadano a este nuevo entorno, pero también la ambigüedad que se crea entre su inclusión o exclusión, su olvido histórico ambiental o su reincorporación actual a la naturaleza.

La ecología o el componente ecosistémico no se refiere directamente al ser humano, ni a sus obras o actividades, sino que tiene un espacio reservado dentro del componente sociocultural, como segundo elemento que conforma el medio ambiente, junto con el ecosistémico. Es precisamente en este campo y en los impactos sobre el ecosistema que se interesan los estudios ambientales urbanos, por ser la ciudad moderna el lugar donde se desarrollan las principales actividades y se toman las decisiones que afectan al planeta. Si en los primeros conceptos sobre la ecología, la actividad humana no contaba mucho, dentro de las perspectivas actuales es fundamental, porque en allí donde se define la problemática ambiental, como consecuencia lógica de los procesos de industrialización y crecimiento incontrolado de las grandes ciudades y sus consecuencias sobre los ecosistemas.

Se debe abordar la relación entre los seres humanos y la naturaleza mediante la cultura, concebida como una plataforma instrumental sobre la que se basa la subsistencia de la especie y sus posibilidades de progreso (Angel Maya, 1996: 52-63). En esta propuesta de Angel Maya se encuentra la principal discrepancia entre la visión ambientalista y la visión antropológica clásica de la cultura. Para los ambientalistas es muy importante el concepto de plataforma instrumental, ligado a elementos materiales, mientras que para la antropología actual, la cultura es cada vez más un producto de la mente, expresión del mundo simbólico y de sus ideas. Pero no se puede caer en reduccionismos extremos, tanto desde las concepciones radicales sobre la cultura propuestas por la antropología hermenéutica y simbólica, como a partir de las posturas más fisicalistas e instrumentales de los enfoques biologicistas.

La cultura es un concepto amplio y difuso, que estudia diversas perspectivas de la realidad social, tomando al ser humano como un todo integral formado por cuerpo y mente, de igual forma que examina infinidad de componentes de tipo espacial territorial, social y simbólico, dentro del estudio de grupos humanos muy específicos. También hay que cuidarse de asumir posiciones evolucionistas, demasiado generalistas, entendiendo que la antropología trata básicamente de las diferencias culturales entre grupos particulares. De esta manera, el componente sociocultural del medio ambiente, se complementa con el componente ecosistémico, para generar un campo de estudio medioambiental más integral, a pesar de que sus argumentos dentro de la tradición científica muchas veces hayan sido contradictorios y excluyentes.

Para determinar mejor las relaciones entre ecosistema y sistema sociocultural es necesario partir de lo que es el medio, que comprende todos los componentes del medio físico, que influyen sobre sus condiciones sociales y además abarca el medio social y psicológico (Le Riche y Milner citado por Naveillan, 2003). El medio, tomado como “todo lo que el

individuo encuentra a su alrededor”, además del medio social y psicológico, significa una amplia gama de elementos, asociados al caso concreto de lo urbano.

La *ecología humana*, por su parte, recoge elementos de la ecología para aplicarlos a los sistemas humanos y los comportamientos sociales por medio de los modelos explicativos de las ciencias naturales. Plantea las diferencias del análisis social con las pautas de la biología, de manera reduccionista, porque entiende la cultura como una línea evolutiva similar a la animal, pero negándole al hombre un nicho ecológico dentro del ecosistema (Angel Maya, 2000: 206-211). En este caso se retoma la clásica discusión entre las ciencias naturales y las ciencias sociales, como dos campos epistémicos, disciplinares y metodológicos diferentes, contradictorios e irreconciliables. Mientras a las ciencias sociales se les acusa de sobrenaturalismo filosófico, para algunas corrientes biológicas el sendero ambiental conduce a un retorno utópico al paraíso ecosistémico, renunciando, al desarrollo tecnológico; pero, para otras, la crisis ambiental no pasa de ser un tropiezo técnico, que se puede solucionar con la invención científica y su aplicación tecnológica (Angel Maya, 2000: 259-261).

Estas posiciones requieren para su análisis de procesos de recomposición cultural, donde la relación social del ser humano y de los grupos donde habita y se desarrolla, sean tomados desde su amplia diversidad.

Por otra parte, la *ecología urbana* se considera como la distribución del hombre y sus grupos sociales que tiene lugar en la ciudad, donde no hay diferencias naturales, pero si un campo de competencia de acuerdo con sus condiciones sociales, económicas y culturales (cfr: Angel Maya, 2000: 218-222). Se considera una de las bases de construcción conceptual y teórica de los estudios ambientales urbanos, en donde se construyen, destruyen o reconstruyen, se recomponen o transforman nuevos comportamientos y visiones culturales. Esto, a partir de un doble movimiento: de los que vienen de afuera,

mediante el fenómeno de la inmigración, y de los comportamientos de los ciudadanos, previamente establecidos en la ciudad, en una acción de mutua interferencia y dependencia. Se concibe como una disciplina social que trabaja sobre las interrelaciones entre personas y medio ambiente dentro de la ciudad, pero desde un punto de vista demasiado restrictivo.

En este sentido, no basta con trasladar mecánicamente los conceptos como lo hace la ecología y su utilización como instrumento de análisis de la sociedad urbana. Por eso, lo que realmente interesa a la ecología humana/ecología urbana es la ciudad como forma específica de asociación entre hombres, no como sistema ecológico (Bettini, 1998: 56-58). En este caso, los sistemas culturales que no poseen criterios claros de adaptación se convierten en mecanismos que perturban los ecosistemas y les generan impactos notables, las más de las veces irreversibles. Estas discusiones contribuyen a la construcción del campo de los estudios ambientales urbanos desde una perspectiva multi e interdisciplinaria, no exenta de grandes conflictos epistemológicos y conceptuales.

Estas propuestas de la ecología urbana se complementan con la *ecología profunda*, que pretende la construcción de un concepto ecológico más integral, un nuevo paradigma, una “visión ecológica”, usando el término “ecológica” en sentido amplio y profundo, de acuerdo con el noruego Arne Naess. Mientras la ecología superficial es antropocéntrica, ubicada por encima o aparte de la naturaleza, la ecología profunda no separa a los humanos del entorno natural, desde una percepción religiosa o espiritual (cfr: Capra, 1999: 28-70).

Estos planteamientos cuestionan nuestra moderna y cientifista visión del mundo y la manera de vivirlo, y aportan elementos a la dimensión ambiental urbana, tradicionalmente signada por acciones esencialmente materialistas que debe trascender hacia los contenidos espirituales del ciudadano. Además, se complementa con Morin, que plantea un salto epistemológico radical, para comprender los fenómenos de la vida en su infinita diversidad

como redes, tejidos, fieltros rizomáticos que no admiten ya arquetipos, tipos, modelos, paradigmas (cfr: Noguera et al, 2000: 13-14).

Los planteamientos sobre la ecología profunda permiten una perspectiva de la ciudad mucho más coherente, integral y humanística, con un pensamiento ambiental urbano más avanzado que el del ecologismo clásico.

Los aportes que hacen al medio ambiente los estudios sobre el medio, la ecología, la ecología humana, la ecología urbana y la ecología profunda se conciben, no como una relación progresiva o evolutiva de la transformación de la cultura sino como una red o trama de interrelaciones mutuas, que contribuyen a la construcción teórica y simbólica de la ciudad. Así, la ciudad es un diagrama expresivo y la mejor manera de adentrarse en la intrincada selva de la hermenéutica urbana es la que ofrece la ecología (Chueca, 2000: 223) y es allí donde se pueden advertir sus constantes construcciones y transformaciones, desde enfoques interpretativos, comprensivos y de búsqueda de sentido.

## **2. EL SISTEMA SOCIOCULTURAL**

El sistema sociocultural del medio ambiente es una construcción que se encuentra en proceso de consolidación a partir de diversas fuentes de estudio de lo ecológico, lo ambiental y lo urbano. Se parte de un concepto de cultura, asimilado a una plataforma instrumental compleja que implica una estrategia adaptativa para la transformación del medio, se cimenta sobre una población y su tecnología, que organiza una red de símbolos que desencadenan los comportamientos individuales y sociales (Angel Maya, 1996: 63-70). Mientras propuestas de este tipo tratan de retornar al hombre a su nicho funcional dentro de la naturaleza, la antropología contemporánea lo conciben como un ser que se mueve dentro

del mundo de las ideas y la cultura y que lo aleja de alejarlo de su entorno material y ambiental.

Para la comprensión del medio ambiente urbano, en general, es necesario integrar otros componentes esenciales como la calidad de vida, los comportamientos socioculturales, el ordenamiento territorial, la gestión comunitaria de la problemática social y ambiental, y el reconocimiento de la diversidad no sólo biofísica sino cultural. De igual manera, debe valorar los procesos y efectos intangibles que influyen sobre el medio ambiente humano, hábitat específico construido por medio de diversos planos de relación con la realidad, desde lo puramente físico hasta lo social, simbólico y espiritual. En ese sentido, una contribución importante de la antropología urbana es la de detectar problemas específicos en ambientes diversos, para tratar de formular propuestas de solución desde una perspectiva comunitaria y participativa.

El medio ambiente urbano se puede concebir como: *las condiciones físicas y territoriales, sociales, culturales, simbólicas y estéticas que requiere un ciudadano o habitante de la urbe para tener una calidad de vida adecuada y para desarrollar todas sus potencialidades como ser individual y social.* Un buen ambiente humano es aquel que permite al hombre satisfacer sus necesidades vitales y el desarrollo pleno de todas sus facultades; no solo permitir y facilitar el suministro de los productos y la energía necesarios para su crecimiento biológico, sino también impulsar el desarrollo de la inteligencia y de las facultades estéticas, que son en última instancia las que lo humanizan (Olea, 1989: 13).

Estas aproximaciones conceptuales se proponen atendiendo a una perspectiva cultural y urbana, ante la necesidad de recomponer las ciencias sociales, donde el medio ambiente urbano se constituye en sujeto/objeto de cultura y en ese sentido explica los comportamientos de los ciudadanos respecto a su entorno, entendiendo que no sólo es físico sino que tiene otros componentes de tipo emotivo-social, simbólico y estético. Así, espacios

públicos como la calle, se someten a una normatividad de uso, de propiedad y de límites, pero también se considera una construcción social desde los imaginarios, los usos cotidianos, las “apropiaciones” simbólicas como territorios, que le dan una característica más humana y cotidiana.

Por último, la ciudad actual es el centro visible de la producción cultural y en ese contexto la crisis ambiental es un problema ciudadano (Henaó, 1997: 20). Pero al mismo tiempo, la ciudad no es sólo el lugar de homogeneización, sino también de la diversidad, donde se desarrollan todas las contradicciones de la realidad social.

### **3. COMPONENTES DEL SISTEMA SOCIOCULTURAL**

Lo ambiental urbano constituye un campo de estudio, que descompone y recompone constantemente el paisaje, que trata de atrapar las tramas de significación, lo efímero y cambiante, lo mismo que busca una explicación más integral de la realidad.

El modelo de Angel Maya de interpretación del ámbito sociocultural, a pesar de que no pertenece a una perspectiva antropológica urbana, introduce temas susceptibles de ser desarrollados desde esta disciplina. Para analizar este fenómeno, la problemática ambiental se descentra de los ecosistemas y se traslada a la relación compleja entre los rizomas culturales y los rizomas ecológicos (Noguera, et al, 2000: 13-14). Este modelo, no es un marco estrecho de interpretación, ni una verdad ya elaborada, sino que constituye un instrumento explicativo de las interrelaciones complejas que se presentan en el ámbito sociocultural, donde se relacionan el paradigma tecnológico, el componente social y el componente simbólico, al que se le agrega dentro de esta propuesta, la calidad de vida.



### 3.1 EL PARADIGMA TECNOLÓGICO

La tecnología actúa de forma inmediata y precisa sobre los procesos físicos y materiales, pero también sobre los sociales y culturales, que contribuyen a la transformación de la ciudad y la someten a mutaciones constantes. El paradigma tecnológico es el conjunto de conocimientos y técnicas que permiten un determinado dominio del medio natural y de desarrollo del sistema cultural en su conjunto, mediante la creatividad científica y el manejo del mundo instrumental (Angel Maya, 1998: 57).

En la ciudad el medio ambiente está constituido por elementos ligados a las tecnologías en diversos campos como la construcción, la recreación y el ambiente laboral. En muchos casos excede su capacidad de carga y genera disfuncionalidades ambientales que impactan la calidad de vida de la población. Ejemplos de esto se encuentran en las distancias inmensas que hay que recorrer entre diferentes lugares, la violencia y sus diversas manifestaciones, la congestión de edificaciones y de tránsito, la contaminación visual, auditiva, olfativa y cultural, entre otras.

En los estudios tradicionales sobre medio ambiente urbano se trabaja sobre procesos productivos y gestión de servicios, derivados de acciones individuales y colectivas, en el marco de un modelo de desarrollo que no incorpora la consideración del daño ambiental. Esto ocasiona la producción desmedida de residuos sólidos, líquidos y gaseosos, por efecto de la industria, en especial, en las llamadas “zonas industriales”, el consumo exagerado de bienes y servicios y la movilidad extraordinaria de los productos. En Colombia, varios casos de este tipo traspasan límites permisibles, como son las zonas industriales de Bogotá, Medellín, Yumbo y Sogamoso. En tanto, en ciudades como Manizales la tecnología genera grave contaminación del aire, por la carencia de vías en número adecuado y la gran concentración de automóviles.

La ciudad puede caracterizarse como el sitio donde la técnica no sólo es posible sino imprescindible, en contraposición con las zonas rurales donde la naturaleza todavía mantiene su primacía. De manera que asistimos a un nuevo estadio tecnonatural en el que la extensión a escala planetaria de la técnica occidental permite relaciones inéditas con la naturaleza (Duque, 1986: 214).

De esta manera, la planificación de la gestión pública y privada de las distintas actividades debe considerar los hábitos y comportamientos de los ciudadanos, mediante un cambio de mentalidad de tipo cultural que conlleve la atenuación de la problemática ambiental y facilite la implementación de soluciones.

### **3.2 EL COMPONENTE SOCIAL**

Las formas de organización social en la ciudad se caracterizan por múltiples relaciones entre diferentes grupos y la transformación tecnológica de los ecosistemas. El tema de los asentamientos humanos constituye un reto para las prácticas de investigación y planificación y determinan la manera de asumir los problemas ambientales desde los órdenes espacial, socio cultural, simbólico y estético. En este sentido la cultura es esencial, superando su acepción puramente simbólica e involucrando el proceso tecnológico y social de construcción de hábitat (Perfil Ambiental Urbano, 1995: 9-13), desde una visión no reduccionista sino abarcando un gran campo conceptual que reconoce la importancia del territorio y el hábitat, tal como lo concebía la antropología clásica, ligado a los desarrollos de la sociedad. Dentro de la antropología urbana no se puede concebir la ciudad sin el territorio, ya que el ciudadano precisa de referentes físicos para construir sus relaciones culturales y desarrollar actividades, en espacios como el barrio, la calle, el parque o la plaza.

Uno de los fenómenos inherentes al notable crecimiento actual de las ciudades es el asentamiento de diversos grupos sociales que llegan con una gran carga cultural, necesitados de formas de expresión propias y que coadyuvan a conformar la cultura urbana, definida como un conjunto de normas y comportamientos que asumen la diversidad con independencia de un modelo establecido. Los “retratos del alma colectiva” revelan las múltiples culturas urbanas (Chaparro, 2000: 20). De manera que es más apropiado en la ciudad trabajar sobre las culturas urbanas, en plural, asumiendo las teorías de la fragmentación y la diversidad. Esto beneficia a las comunidades que se incorporan a la planificación urbana mediante mecanismos de participación ciudadana y comunitaria.

En otro sentido, dentro de la situación actual, la globalización de la economía y la aceleración del proceso de urbanización han incrementado la pluralidad étnica y cultural de las ciudades, debido a las migraciones y lo global se localiza e introduce una diversidad creciente en la estructura social urbana (Borja y Castells, 1997: 111-112). Pero, esta diversidad posee dos caras, unas veces se percibe como potencialidad y otras como un freno a los procesos de desarrollo y convivencia. El mundo es étnica y culturalmente diverso y las ciudades concentran y expresan esa diversidad que dinamizan los sectores rurales inmigrantes, muchas veces convertidos en minoritarios y marginales, sin acceso a los niveles de vida de la población nativa de la ciudad. Esta diversidad también crea conflictos sociales debido a la fragmentación de los diferentes grupos y las múltiples necesidades que se deben suplir. De ahí la importancia de los procesos de adaptación social y cultural de los migrantes, que pueden afirmar su cultura original o por el contrario, adquirir nuevas formas culturales construidas en la ciudad. A pesar de que la fragmentación es propia de la vida urbana contemporánea, es importante la aproximación y el encuentro entre las culturas, que requiere incrementar la capacidad de reconocimiento y comprensión de los fragmentos ajenos y la mirada crítica sobre el propio (Chaparro, 2000: 20-21).

El manejo adecuado de la cultura urbana, contribuye a conocer, afirmar y administrar la ciudad e incide sobre su medio ambiente, al deteriorarlo o, por el contrario hacerlo más

amable. De esta manera, las formas de convivencia óptima o los conflictos entre los diferentes grupos sociales generan ambientes muy diversos para el ciudadano.

### **3.3 EL MUNDO SIMBÓLICO**

El mundo simbólico es un campo de estudio que contribuye, de manera significativa a la explicación y solución de la problemática ambiental, dentro de una sociedad plétórica y, muchas veces, saturada, de símbolos.

La construcción del símbolo, se presenta como una relación entre percepción, significados e interpretación, pero también tiene en cuenta la manera como se transmiten, comparten y llevan a la práctica de forma colectiva. A ello contribuyen los relatos, los mitos, las historias, las leyendas y otros elementos de la comunicación que unen a los individuos, los atan por lazos no físicos que los llevan a identificarse bajo relaciones colectivas que se consolidan en la solidaridad, la identidad, los afectos y las afinidades. Pero también los símbolos aparecen en las disputas y los conflictos, el bien y el mal, el caos y el orden, la armonía social y la anomia, el poder, y el manejo de unos individuos por influencia de las clases sociales. En las relaciones entre los individuos se crean lazos de identidad ubicados en el mundo de las ideas, en la mente de las personas, en las grafías, o en los sueños, de donde provienen los símbolos.

La ciudad se ha convertido en un territorio especial para la configuración de los símbolos, provenientes de diversas fuentes: los que se traen de las zonas rurales, socializados por la tradición oral y transmitidos generacionalmente; los que se elaboran en la propia ciudad, bajo formas híbridas; y los que se integran en la red globalizada de símbolos, por influencia de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación. Los símbolos entonces,

forman redes de significación entre los hombres, sus actividades, ideas y entorno, que se transforman en elementos básicos para su convivencia ambiental.

El mundo simbólico se constituye históricamente por la domesticación del tiempo y del espacio y la creación de un tiempo y un espacio humanos (Leroi Gourham, sf: 303-311), característicos de la ciudad. La relación entre los espacios simbólicos y la adaptación del hombre a la naturaleza, busca explicaciones a fenómenos considerados por “fuera de su racionalidad”, ligados a la existencia biológica y la integración en un medio para sobrevivir. Así, existe un tránsito de los espacios naturales de la vida rural a los artificiales de la ciudad, en los que el tiempo se desenvuelve de otra manera, tiene “otro valor” y su uso presenta otras consecuencias. Los espacios, territorios y tiempos ciudadanos son una expresión simbólica de la realidad actual, la “aceleración contemporánea”, objeto de construcción de metáforas que impone nuevos ritmos al implantamiento de los cuerpos y al transporte de las ideas (Santos, 1995: 30-31).

La relación de tiempo y espacio simbólicos diferencia nuestras ciudades. Bogotá, posee un ritmo frenético, “el tiempo no alcanza” y las distancias son largas; Manizales, menos acelerada, de ritmo pausado pero sostenido, dentro de un espacio mejor distribuido; y Tunja, muy poco acelerada, donde parece que el tiempo se ha detenido y los espacios y tránsitos son bastante cortos. Son percepciones que condicionan la vida de los habitantes de la ciudad, sus ritmos vitales: en Bogotá la gente vive estresada; Manizales, es considerada un buen vivero, con un manejo del tiempo bastante racional y Tunja, con un ritmo vital demasiado lento.

Los símbolos son fundamentales para descifrar lo que es el medio ambiente urbano, base de diferenciación cultural en la ciudad, cuya interpretación se basa en la compleja estructura del lenguaje que codifica la experiencia social y recoge las diferentes miradas culturales sobre el mundo reflejado (Perfil Ambiental Urbano, 1995: 24). La rica historia de

la ciudad, el lenguaje oral, las tradiciones, los relatos, las leyendas, los cuentos, las anécdotas, y los sitios históricos de interés conforman esa red o trama del mundo simbólico. Esta, sirve como punto de referencia para la convivencia cotidiana y se estructuran en mapas culturales, indispensable para descifrar la ubicación y vivencia social de una comunidad. En la codificación de la experiencia social, mediante los diferentes usos del lenguaje, se encuentran variados elementos del imaginario colectivo y su desciframiento es clave para ambientalizar la ciudad.

El mundo simbólico tiene que ver con múltiples interpretaciones que una comunidad hace del entorno, sus conocimientos y elaboraciones teóricas, para dar una visión general de la realidad, donde se articulan los procesos, los usos, la comprensión de los contextos y sus relaciones sociales. En las comunidades es necesario profundizar en este campo para descifrar sus códigos y símbolos individuales y colectivos que permitan incidir sobre sus imaginarios, para reinterpretarlos o transformarlos en beneficio de una "semiótica ambiental" y un manejo adecuado de esta problemática. En este enfoque se cambia el foco de atención, desde el territorio y su representación concreta en el mapa, hacia el actor geográfico básico, el individuo y su representación del entorno y del mundo (Monnet, 1999: 3), pero teniendo en cuenta la organización del espacio habitado o hábitat, que no es solamente una comodidad técnica sino la expresión simbólica de un comportamiento globalmente humano.

En la contemporaneidad, el mundo simbólico de la ciudad esta constituido por una infinita red de sentidos, representaciones y formas de expresión de las comunidades, donde es importante la relación entre cultura y comunicación. Emerge un nuevo sensorium urbano en el que la imagen y la masificación permiten una recepción simultánea y colectiva (Martín-Barbero, 2001: 49-58). De esta manera, se presentan innumerables fenómenos tecnoculturales y simbólicos, que por los procesos de circulación de mensajes afectan a los ciudadanos y les impactan sus comportamientos, mediante la contaminación cultural.

El ciudadano contemporáneo se “pierde”, se desubica en una doble acepción: respecto al lugar antropológico y por la invasión de los medios de comunicación que generan desconcierto, perplejidad, manipulación de la información, a la vez se informan. Estos aspectos impactan el medio ambiente urbano, de tal manera que el ciudadano debe reubicarse y adaptarse un ambiente cargado, tanto de restricciones como de posibilidades, donde cambia la percepción de su entorno inmediato.

Para el diseño de la ciudad futura se debe tener en cuenta su relación con las comunicaciones, el territorio, la movilización y el patrimonio, en el marco de una sociedad equitativa y ecológicamente armónica que es la base de la nueva utopía, la de una ciudad vivible (Saldarriaga Roa, 1996: 236).

En síntesis, para comprender el “lenguaje” de la ciudad actual hay que estudiarla desde sus significados simbólicos, cada vez más difíciles de interpretar debido a su proliferación, que día a día agobian, liberan, incitan, excitan, manipulan o estimulan a los ciudadanos. La investigación sobre simbología urbana es una condición necesaria para la comprensión de la ciudad y sus lenguajes, como nuevas formas comunicacionales. A pesar de que el simbolismo ha acompañada toda la historia del ser humano, es en la ciudad globalizada donde adquiere una enorme importancia, por mediación del mercado, el consumo y los medios. Todo esto, con miras a construir ambientes propicios para la convivencia urbana, desde sus propias perspectivas vitales.

### **3.4 CALIDAD DE VIDA**

Aunque no está incluida en el modelo de Ángel Maya, es importante en el sentido de que reúne una serie de factores para proveer al ciudadano de una existencia digna. Se complementa con el concepto de calidad ambiental urbana, definido por el bienestar social,

la infraestructura en servicios públicos, la calidad del hábitat, el ambiente sano, la seguridad física del entorno, la calidad y eficiencia del transporte, las áreas verdes y el manejo de los espacios públicos, lo mismo que el valor simbólico y estético del paisaje, la seguridad ciudadana, y la participación ambiental ciudadana, entre otros.

La calidad de vida es la resultante histórica del modo como los seres humanos se relacionan en procura de la satisfacción de sus necesidades (cfr: Yepes, 1998: 319), pero también es el entramado complejo de los medios, condiciones y nivel de vida que conforman a su vez el sentido de la vida (Caldas Ambiental Agrario, 2000: 21). Uno de los grandes temas de estudio de la ciudad, debido al constante deterioro de los grupos humanos, en especial los más vulnerables, por el aumento de los índices de pobreza, las migraciones y desplazamientos forzados, el desempleo y subempleo. Todo esto, dentro de un contexto en el que los Estados abandonan obligaciones relacionadas con necesidades básicas y el campo de lo social, dentro de una sociedad de consumo, que incita al ciudadano hacia la satisfacción creciente de nuevas necesidades creadas por el mercado.

El áspero y desconcertante medio ambiente físico existente en la metrópoli es causa de la agravación de los problemas sociales y personales (cfr: Lynch, 1965: 247) que generan fenómenos de inhabitabilidad. Los atentados del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York son una señal de alerta acerca de lo que puede suceder en grandes ciudades con efectos, no tanto en el presente, a pesar del terror que se vivió sino en el futuro, con generaciones formadas en ambientes de inseguridad y miedo, que inciden sobre la salud mental y la convivencia.

La ciudad fragmentada de la actualidad congregan un sinnúmero de problemas, de todo tipo que escapan de la órbita de los planificadores y manejadores tradicionales. En América Latina se presenta una situación ambientalmente insostenible, con escasa eficiencia económica y precariedad política, lo que plantea cambiar la visión del desarrollo si no se



quiere llegar a una situación catastrófica. Todo esto asociado a los procesos de globalización, la preponderancia del modelo neoliberal y la dependencia de los países del denominado Tercer Mundo. Pero también es de destacar la emergencia de una conciencia planetaria, encabezada por los ambientalistas, cuyas consignas no significan que las desigualdades se superen sino que es necesario trabajar sobre la problemática ambiental, buscando posibilidades de vivir en un mundo mejor.

## **CAPITULO TRES**

### **EL ESTUDIO AMBIENTAL DE LA CIUDAD Y LOS APORTES DE LA ANTROPOLOGÍA URBANA**

#### **1. LOS AMBIENTES URBANOS**

En capítulos anteriores se explicitan algunos elementos respecto a la ciudad y el significado del medio ambiente urbano y sus diferencias con el medio ecosistémico. Al mismo tiempo se sostiene que el concepto de medio ambiente urbano, en sentido general, es bastante restrictivo, ya que generalmente se refiere a elementos del entorno material que afectan la vida del ciudadano, aunque pocas veces se mencionan componentes de lo social como la cultura y la población. También, hay algunos enfoques de la ecología urbana que se refieren a las cantidades de zonas verdes, las zonas de alto riesgo o a los animales, pero más allá de eso pareciera que la ciudad fuera simplemente una sumatoria de casas, edificios, parques, plazas o espacios públicos.

La antropología urbana contribuye a la construcción del componente sociocultural de los estudios ambientales urbanos, mediante investigaciones que realiza de los grupos culturales y la aplicación de metodologías específicas. Para esta disciplina, la ciudad es ante todo, un andamiaje cultural, en cuyo centro se encuentran los hombres y mujeres que la habitan, la construyen, la destruyen, la transforman, la deforman, y en general, le dan vida. No se puede concebir la ciudad ni lo urbano sin el aliento de sus habitantes y el protagonismo que establecen como usuarios.

Los ambientes urbanos se pueden explicitar a partir del siguiente interrogante: ¿qué es lo que rodea al ser humano en la ciudad? Sin excluir los referentes tradicionales que tienen que ver con aspectos físicos, la contaminación o la infraestructura, el ciudadano se

encuentra rodeado de otra clase de factores ambientales de tipo social, cultural, simbólico y psíquico, que van más allá de lo material o biológico, diferentes y complementarios de los que estudia la ecología.

La soledad, en medio de la compañía es, por ejemplo, una característica de las grandes ciudades, donde las relaciones sociales se fragmentan y el individuo tiende a prevalecer sobre lo colectivo. De igual forma es de destacar la impotencia del ciudadano ante la magnificencia de las construcciones urbanas, que operan como un elemento material y simbólico que contribuye a degradarlo, a otorgarle simbólicamente una apariencia de minimalización o insignificancia. Otro elemento fundamental de la vida urbana es la violencia en todas sus manifestaciones que desencadena prevenciones, estados de alerta continuos, inmovilización y malestar social, bajo la existencia de territorios del miedo o vedados en algunos casos. También es importante para el urbanita, un entorno que le brinde sentido de pertenencia, mediante la búsqueda de identidades urbanas y de referentes simbólicos grupales, tanto de los propios habitantes de la ciudad como de los migrantes. El consumismo característico de las modernas urbes, también opera como un elemento perturbador por el acoso constante al que se encuentra sometido el ciudadano, por la cantidad significativa de mensajes y los mecanismos que le incitan a la participación en el mercado. En ese sentido se convierte en una necesidad primordial para el ciudadano, cada vez más extendida, la de evadirse de la selva de cemento y buscar otros referentes de libertad. Por último, muchos ciudadanos se encuentran sometidos a mecanismos de marginación que no les permiten integrarse de manera adecuada a la vida cultural de la ciudad, en sentido extenso.

Los ambientes urbanos entonces se conciben como una gran variedad de lugares, espacios, sitios y territorios que son apropiados culturalmente por grupos de personas que expresan afinidades y características comunes. Su medio “natural” es la ciudad y se diferencian de las zonas rurales, aunque muchas poblaciones pequeñas tienden a imitar las costumbres de la gran ciudad. Sus componentes son muy variados y crean su propia manera de manifestar

su ambiente. Si en un espacio abierto, rural o natural, el individuo se siente rodeado de un ambiente de libertad, de exploración, de una sensación de frescura y de renovación de sus elementos vitales, entonces ¿cuál es la sensación que siente en la ciudad? ¿Acaso es de opresión, de estrechez, de confusión, de soledad, de pequeñez ante la inmensidad de la urbe? Pero no todo puede ser negativo, porque también aporta posibilidades de exploración, de realización, de plenitud ante los estímulos ciudadanos de diversas clases.

De esta manera, lo urbano crea diferentes clases de ambientes que pueden ser observados, descritos e interpretados con ayuda de la antropología urbana y forman un campo temático muy preciso. Los ambientes urbanos se asemejan a un “clima” que el individuo vive en la ciudad, no propiamente meteorológico, sino de tipo sociocultural, con un espectro mucho más amplio. Es un clima urbano que remite, tanto a espacios, lugares, sitios y territorios; como también a relaciones sociales y construcciones simbólicas. Todo esto asociado al manejo de espacios públicos y privados, lo mismo que a percepciones y valoraciones estéticas que conforman la vivencia ciudadana.

En fin, en la ciudad se presentan múltiples ambientes que reflejan rasgos culturales propios de sus integrantes, muchas veces ocasionales o coyunturales, que le imprimen a cada ambiente una existencia efímera y cambiante. De igual manera en el aspecto cultural son transformadores y transformados continuamente. Ya no se trata de lugares que, de acuerdo con una tradición urbana muy marcada se convierten en patrimonio tangible, sino que pertenecen al componente de los intangibles, de tipo sociocultural. Pueden ser lugares especiales producto de una moda o de circunstancias prefiguradas, que se crean en función del comercio, del espectáculo o de acciones sociales, pero que identifican a determinados individuos por el hecho de estar juntos y de compartir.

Las ciudades contemporáneas se llenan continuamente de sitios que adquieren su propio valor simbólico, que condicionan las maneras de percibir y concebir tanto la ciudad como

la identidad de algunos de los grupos que la habitan. Por ejemplo, la calle del cartucho en Bogotá, la comuna nororiental de Medellín o la Comuna Olivares de Manizales, poseen una carga peyorativa que los convierte en ambientes asociados de inmediato con el conflicto, la violencia y la degradación. Sin embargo también hay ambientes con significaciones más amables como los centros comerciales, los parques, los paseos, los bulevares o algunas calles. Todos estos lugares van adquiriendo su propia “personalidad social”, con características muy precisas que les van colocando su propio sello y que son reconocidos por una manera auténtica de manifestarse y valorarse.

Una expresión básica de estos ambientes se encuentra en los territorios, en los que se asientan grupos de ciudadanos que crean y reproducen un ambiente determinado, que es apropiado no sólo física sino “culturalmente”; de igual manera, se convierten en lugares de preferencia, donde realizan sus rituales y manifiestan sus costumbres y hábitos. Poseen marcas que los identifican por las características que manifiestan sus usuarios, las clases de relaciones sociales que desarrollan y los vinculan, lo mismo que las comunicaciones que establecen al interior y exterior de los grupos. En estos ambientes son fundamentales los símbolos que crean, comparten y socializan, como también los consumos consuetudinarios asociados a estos.

En general, se debe destacar “la vida” que le imprimen los habitantes a estos lugares y que los impregnan de sus propias cualidades, creando imaginarios colectivos que son denominados como sus “propios” ambientes.

Los espacios guardan relaciones con los comportamientos sociales, ya que pueden ser abiertos, exploratorios o restringidos. Pueden ser lugares de extrema especialización y jerarquización para las relaciones sociales y el consumo. También pueden ser lugares donde se presenta una infinita gama de simbolizaciones que demarcan territorios, especialmente

por la acción de bandas o grupos de toda clase: delincuencia, tribus urbanas o pandillas, algunas de ellas creaciones netamente urbanas.

Estos ambientes, a su vez, remiten a elementos más íntimos, existenciales y vivenciales que destacan maneras particulares de manifestación de lo colectivo, mediante la fiesta, el carnaval o la solidaridad. Pero también se puede destacar la decadencia, la pobreza, la pauperización, la degradación, la sordidez, la violencia o la prevención. De esta manera se construyen unos ambientes urbanos muy específicos, susceptibles de ser caracterizados desde disciplinas sociales que valoran y resaltan los comportamientos humanos en la urbe, en sus manifestaciones individuales y colectivas.

Un aspecto a destacar es la manera como se originan estos ambientes ciudadanos, ya que pueden formarse de manera espontánea en un sitio cualquiera, una calle, un centro comercial, un barrio, un parque o una plaza. Pero muchas veces, no importa tanto el sitio como el hecho de que algunos ciudadanos se lo apropien, lo disfruten, lo construyan, lo llenen de historias; el lugar físico puede ser apenas un pretexto para socializar, pero lo más importante son las cualidades y contenidos simbólicos que les imprimen sus usuarios. De esta manera, los ambientes urbanos -en plural, porque pueden ser innumerables- son susceptibles de estudiarse intensivamente para que revelen algunas claves de los comportamientos humanos en la ciudad contemporánea. Es necesario reconocer que en las ciudades actuales se presentan muchos fenómenos relacionados con los sitios, los territorios, los lugares, los no-lugares; lo que se patentiza mediante acciones como la utilización privada de los espacios públicos o pública de los espacios privados, lo mismo que la proliferación de zonas vedadas y encerramientos, entre otros.

El territorio es además un concepto que en esta época adquiere un significado mucho más integral, que no sólo necesita de operaciones lingüísticas y visuales, sino que también se concibe como “extensión mental” (Silva, 2000b: 50-51). Tiene múltiples interpretaciones

de acuerdo con su delimitación, la ubicación de sus componentes y los usos que le dan los ciudadanos. De manera que la transformación de los espacios de la ciudad es constante y dinámica, en continua transformación, que le otorga a los ambientes la cualidad de estar y no estar.

En ese sentido, fenómenos que son resultado de la inseguridad y la violencia urbana, originan restricciones de circulación y pérdida paulatina de los espacios públicos. Esto, a su vez, genera costumbres cada vez más arraigadas, de crear fortalezas, de cercar las propiedades, de privatizar los espacios públicos, de vigilar y de controlar. Se trata en última instancia de la puesta en marcha del moderno panóptico foucaultiano, bajo otras premisas culturales, territoriales y tecnológicas. Los conjuntos cerrados por ejemplo, son espacios públicos privatizados, caracterizados por el encerramiento, la vigilancia, el control, la reglamentación y la extrema supervisión, que puede ir en detrimento de la libertad personal. Estas son propuestas claramente antiurbanas, no sólo por la estética anárquica que proponen sino por la falta de intenciones colectivas que manifiestan, donde no va a vivir la comunidad sino los individuos aislados (Pérgolis, 1998: 23).

Gran parte de los problemas ambientales urbanos se generan en la utilización del espacio público, entendido como un territorio desterritorializado, que se pasa el tiempo siendo reterritorializado y vuelto a desterritorializar después (Delgado, 1999b: 83). Este enfoque es el que interesa concretamente al presente estudio, aplicado a los ambientes urbanos, mediante la propuesta de reterritorialización, que implica una dinámica constante en la ocupación de los espacios urbanos y su resignificación.

Los ambientes urbanos entonces, se caracterizan por la desterritorialización y reterritorialización continuas, la primacía de los no-lugares, la precariedad de sus componentes y relaciones, lo efímero de su existencia, la dinámica que les es propia como componentes urbanos. Así mismo, es importante destacar la preponderancia que se les

concede como lugares de búsqueda constante de afirmación, identificación, significación y resignificación simbólica y de construcción de representaciones por parte de los ciudadanos.

La calle, por ejemplo, es uno de los principales espacios urbanos, prototipo de lo público, tecnológicamente se considera un elemento constitutivo de la malla vial, destinada al desplazamiento de peatones y vehículos, pero en el que suceden una gran cantidad de acontecimientos como lugar de circulación y comunicación. El concepto que resume la naturaleza diagramática de lo que sucede en la calle es el de *espacio*, para aludir a la renuncia a un lugar considerable como propio, o a un lugar que se ha esfumado para dar paso a la pura posibilidad de lugar (De Certeau citado por Delgado, 1999a: 39). También es importante la noción de no-lugar, opuesto a todo cuanto pudiera parecerse a un punto identificatorio, relacional, histórico, a un lugar antropológico que pone de manifiesto que toda existencia es espacial; el no-lugar es el espacio del viajero y del transeúnte (Delgado, 1999a: 39-40). El espacio entonces es un componente primario de la ciudad que se identifica en la cultura urbana en términos de espacio público, que posee un valor utilitario para el ciudadano, dependiendo de las circunstancias coyunturales de su uso.

El territorio adquiere sentido propio, como espacio significado, socializado, culturizado, por las diversas expresiones, apropiaciones y defensas culturales, sociales, políticas, económicas que se hacen de él, constituyéndose en mapa mental y marcador simbólico (cfr, Echeverría y Rincón: 2000, 25). De manera que el espacio citadino es territorializado mediante la intervención de sus habitantes, desde una doble perspectiva: por una parte, como espacio jurídico y normativo, y por otra, como espacio “culturizado” o “apropiado” culturalmente.

Así, los territorios constituyen la base de la presente propuesta, pero no con una connotación estática y delimitada, sino bajo la consideración de ser móviles, dinámicos y sobrepuestos a otros territorios tradicionales, propios de la ciudad modélica.



La pregunta central es entonces, ¿qué puede originar el hecho de que un territorio pueda ser colonizado por determinados individuos, que lo conviertan en “su territorio”, que se lo “apropien culturalmente”, que lo llenen de sus símbolos? En primer lugar, la necesidad de congregarse, de socializar y compartir, característica inherente al ser humano, ser social por naturaleza. En segundo lugar, el habitante de la ciudad manifiesta la compulsión de buscar lugares, que sean referentes de sus representaciones sociales y su construcción como individuos. Por lo tanto, más allá de los elementos materiales del territorio se encuentra la valoración que le hacen los usuarios, las diferentes actividades que realizan y la construcción simbólica que elaboran a partir de sus intereses individuales y colectivos.

Los territorios se pueden estudiar por apropiaciones generacionales, de manera que los parques infantiles, los circos o las ciudades de hierro, se consideran los imaginarios y lugares de los niños. Por otra parte, las ciclovías, los centros comerciales, los conciertos musicales (lugares efímeros), las calles (territorios móviles), las esquinas, los malls, son prototípicos de los espacios recreativos de los jóvenes. Mientras que los parques tradicionales y algunos cafés son considerados como los lugares de encuentro de los adultos.

Lo anterior es una muestra de que los lugares en la ciudad poseen marcas de identidades de clase, de generación, de ocasión, de trabajo o de diversión. Son espacios que se fragmentan, territorios que se reinventan con sus significaciones simbólicas, en un constante cambio, dependiente de sus usos y costumbres. Cada lugar teje sus propias historias, genera sus valores, tradiciones e identidades. Wenders rechaza las historias porque engendran únicamente mentiras y producen nexos donde no existen, pero a la vez reconoce que son necesarias (cfr: citado por García Canclini, 1995: 102). Afirmación un tanto extrema pero con asiento en la realidad, porque la “nueva historia” ya no se teje a la manera de matarrelatos omniabarcantes sino de pequeños relatos, íntimos y personales, a pesar de que vivimos inmersos en el gran metarrelato de la globalización.

La cultura entonces se estructura hoy con base en relatos que se construyen en los pequeños espacios, desconectados de los espacios físicos tradicionales. Son lugares y no-lugares ya no estáticos sino móviles, fragmentarios, dinámicos; travesías que se realizan a través de otras lógicas, que tienen que ver menos con lo patrimonial monumental, conservacionista, modelado o uniforme y más con lo vivencial, coyuntural, utilitario y dinámico. La vivencia de las ciudades adquiere cada vez más características asociadas con lo cotidiano, y ganan rating los movimientos sociales urbanos, las acciones fragmentarias y fugaces (García Canclini, 1995: 100). Las nuevas historias y los nuevos ambientes, trabajados desde un enfoque integral, permiten generar perspectivas interesantes acerca del medio ambiente urbano y su infinita gama de interpretaciones de la cotidianeidad citadina.

También es importante, en este caso, el concepto de identidad o identidades, desde una perspectiva crítica, referidas a grandes ciudades, donde lo destacable es la fragmentación, la dispersión y la variedad; habitadas por personas que ya no tienen tanto arraigo como en el pasado. En ese sentido, el antropólogo Edward Delgado, afirma que sin raíces no se puede vivir pero muchas raíces impiden caminar (Citado por Martín-Barbero, 2001). Así, el nuevo imaginario relaciona identidad con narraciones y relatos, que son efímeros y le dan sentido a los objetos, dentro de una concepción posmoderna. La ciudad de ahora es como un videoclip, montaje efervescente de imágenes discontinuas, donde el ciudadano debe plegarse al ritmo y gozar las visiones efímeras (García Canclini, 1995: 100-101).

El pasado y el futuro se juntan en una simbiosis posmoderna, las generaciones se cruzan, los ritmos vitales se confunden y se funden, para dar una imagen de totalidad estético-funcional, donde se mezclan los tiempos simbólicos. Por un lado el tiempo de la ciudad tradicional y, por otro, el tiempo de los jóvenes, que se expresa en la cita callejera, la conquista, la rumba, el solle, la parranda improvisada, la vivencia del aquí y el ahora. Los tiempos cambian, el viejo vive de la nostalgia: “todo tiempo pasado fue mejor”, mientras la juventud vive el presente, con muy pocos asomos de un futuro, cada vez más incierto; así, los “combos” de jóvenes salen a gozarse la rumba, porque “no se sabe lo que depara el

mañana”. En Manizales se presenta ese cruce de tiempos de manera significativa, por un lado el monumento a los colonizadores en Chipre como persistencia de la memoria y la tradición de la arriería, con toda su carga histórica; y por otro lado, el Centro Comercial Parque Caldas, una visión futurista, kitsch y de gusto excéntrico.

Los espacios también establecen su sello de clase ¿Qué puede originar el hecho de que un territorio pueda ser colonizado por determinados individuos, que lo conviertan en “su territorio”, que lo llenen de sus símbolos? En la ciudad se presenta la compulsión de buscar lugares que sean referentes de las citas cotidianas, donde se pueda encontrar al colega, al amigo o al compañero ocasional. Son lugares que marcan identidades de clase, de generación, de ocasión, de trabajo o de diversión. Los espacios se fragmentan, se reinventan los territorios y sus posesiones simbólicas, en un constante cambio, dependiente de sus usos y costumbres.

Son espacios abiertos en los cuales el ciudadano se puede mover en muchas direcciones, es más, esa posibilidad de movilización es una de sus principales características. Estos ambientes posee muchos lugares y los ciudadanos que salen a pasear no tienen la intención de quedarse en un solo sitio sino que su misma configuración incita a recorrerlo, pasearlo, disfrutarlo, es probable que sin un rumbo determinado.

En síntesis, estos ambientes urbanos son los que se retoman en la presente propuesta, pero no tanto partiendo de una búsqueda teórica, conceptual o metodológica sino a partir de las vivencias, los paisajes urbanos, los paseos, el hecho de flanear, vitrinar o, simplemente dejar que la ciudad nos invada de sus propias sensaciones.

## 2. LOS AMBIENTES URBANOS EN LA VIVENCIA CITADINA

En los estudios actuales sobre la ciudad es importante tener presente la manera como se la investiga y las metodologías más adecuadas para tal fin, especialmente cuando se trata de ambientes urbanos, que poseen unas características muy propias donde se debe dar paso a la innovación.

La antropología y la investigación social tradicionales privilegian los métodos cualitativos sin desconocer los cuantitativos, aunque existe la demanda cada vez más prioritaria por el enriquecimiento de los instrumentos metodológicos a disposición del investigador. La antropología urbana contribuye con algunos instrumentos para abordar los problemas ambientales urbanos, tales como el método comparativo y las historias de vida de ciudadanos anónimos, que generan importante información. De igual manera, le concede importancia a la diversidad cultural para el estudio y caracterización de los diferentes grupos, mediante estudios de caso o descripciones apoyadas en el trabajo de campo.

Una de las mayores dificultades del proceso investigativo en la ciudad son las escasas referencias y experiencias sobre la investigación urbana en su dinámica ambiental, ya que sus instrumentos de análisis se han centrado en aspectos netamente ecológicos como la contaminación, el uso y destino de los desechos, el problema del agua o del transporte, y otros. Si bien estos temas permiten avanzar en la construcción metodológica, no son suficientes para la aproximación integral requerida en la investigación ambiental urbana, desde el componente sociocultural.

Un problema interesante dentro de los estudios sobre la ciudad, desde la perspectiva antropológica, es el que plantea el tránsito del investigador etnográfico desde la intervención en espacios pequeños, bien diferenciados y compactos como las comunidades

indígenas hacia espacios fragmentarios, efímeros y muy dinámicos como los que caracterizan las ciudades. La antropología urbana, en ese caso, debe adaptar sus metodologías a ambientes donde los grupos no son tan perceptiblemente diferenciados y, por el contrario, se hibridizan de diversas maneras, generando cruces culturales, conflictos de convivencia, lo mismo que fenómenos de aculturación y transculturación. En ese sentido, toma fuerza la preocupación por encontrar explicaciones para la desestructuración engendrada por la heterogeneidad sociocultural de las ciudades (García Canclini, citado por Signorelli, 1999: XI, prólogo).

En cuanto a la ciencia y la producción de conocimiento, se presenta una crisis en los sistemas que organizan y ordenan, y que se enfrentan a una realidad incierta, con fronteras imprecisas o móviles, explora(n) lo complejo y le da(n) un gran lugar a la entropía y el desorden (Balandier, 1990: 10), lo que plantea nuevas reflexiones de índole epistemológica y metodológica para asumir el estudio de la ciudad.

Con la crisis de los sistemas holísticos de representación sociotropológica se hace evidente que la dirección a seguir para la investigación, las metodologías y las técnicas será la de circunscribir los horizontes de trabajo de campo. Comprender una ciudad es coger fragmentos y lanzar entre ellos puentes, para encontrar una pluralidad de significados o de encrucijadas herméticas (Canevacci citado por Ulloa, 1999: 139-140). Se pretende entonces, generar una propuesta que contenga esa doble dimensión, propia de la disciplina, la del extrañamiento y la inmersión vivencial en la ciudad y sus espacios; y la del distanciamiento teórico, lo que significa “estar adentro y salirse al mismo tiempo” para reconstruirla (Ulloa, 1999: 143).

La etnografía es el enfoque central de los métodos cualitativos que le permite al antropólogo aproximarse a su objeto, generar teoría, asumir el estudio de lo desconocido e inesperado y contribuir a la reflexión sobre la diversidad cultural. Es una metodología

básica para el estudio de espacios culturales como la ciudad, tomada como un “ethnos” o lugar privilegiado. No la puede analizar en su totalidad y por tanto, busca objetos de estudio más pequeños como las comunidades asentadas en ella. Así, son susceptibles de estudio etnográfico, todos los grupos humanos, lo mismo que los no asociados o integrados pero que se guían por formas de vida que los hacen semejantes, como los alcohólicos, los drogadictos, los delincuentes, los homosexuales, las meretrices, los mendigos, las pandillas, etc. (Martínez, 1997:28).

La etnografía es una herramienta metodológica aplicada como observación– participación de una realidad a la que pertenece tanto el observado como el observador. Utiliza estrategias de investigación *emic* (perspectiva del actor) centradas sobre las creencias y percepciones locales (nativos) y enfoques *etic* (perspectiva del observador) que dan prioridad a las percepciones y conclusiones del etnógrafo (Kottak, 1994: 20). Esto, con el propósito de lograr una buena profundidad, al igual que la comprensión de una realidad urbana específica, la reconstrucción de las lógicas ciudadanas desde su propia visión, las interpretaciones de sus actos, lo mismo que su ubicación socioespacial, en relación con su propio desarrollo y sus relaciones sociales. Se trata de captar esas acciones, sujetas al principio de que la realidad investigada “hable por sí misma”, para escuchar las múltiples voces que la conforman. Un estudio etnográfico debe replantear la centralidad del investigador como sujeto asertivo de un conocimiento preexistente, convirtiéndolo más bien en un sujeto cognoscente que deberá recorrer el arduo camino del des-conocimiento al re-conocimiento, donde el objeto de estudio son secuencias, que remiten a muchas microsociedades (Guber, 2001: 16-83).

Hacer etnografía no es sólo establecer relaciones, seleccionar a los informantes, transcribir texto, establecer genealogías, trazar mapas del área, llevar un diario, etc., sino un cierto tipo de esfuerzo intelectual, una especulación elaborada como *descripción densa* (Geertz, 1992: 20-21), lo que implica que los comportamientos humanos tienen más de un significado y que el papel del etnógrafo es encontrar y explicar esas intenciones, como conjunto

politético de actitudes hacia una antropología concebida como acto interpretativo (Reynoso, 1992: 9). De esta manera la descripción densa también contribuye a la interpretación del componente ambiental urbano, respecto a los lugares, los espacios, los territorios, las relaciones sociales y sus significaciones.

La crisis de los metarrelatos ha favorecido el surgimiento de estudios microsociológicos de comunidades urbanas, barrios o áreas ante la supuesta imposibilidad de operar con teorías generalizadoras (cfr: Ulloa, 1999: 139), debido a la primacía de la perspectiva postmoderna de la fragmentación. Sin embargo, esto no excluye la pretensión de tener una comprensión general de la ciudad, de su estructura, funciones, sentido como ente colectivo y transformaciones continuas. Así que no solo es importante estudiar los microespacios y los grupos particulares, sino también asumir posiciones respecto a las relaciones etnológicas más generalizantes, especialmente en temas como la diversidad, la hibridación y la multiculturalidad, para contribuir a la construcción de una visión holística.

En la ciudad la visión del antropólogo tiende a ubicarse en la relación holismo - estudio de caso, pero por su formación se siente inclinado hacia el estudio de comunidades, de fragmentos sociales, de subgrupos; que además se entrecruzan, hibridizan, configuran y reconfiguran de manera acelerada, con un manejo territorial desde perspectivas muy variadas. De esta manera la antropología urbana observa los movimientos culturales de la ciudad que en su esencia son cambiantes, líquidos, móviles y sujetos a grandes transformaciones (Delgado, 1999b: 48).

Esto significa que en la ciudad los comportamientos sociales no se pueden generalizar, pero los diferentes grupos se pueden estudiar comparativamente de manera similar y avanzar más allá de una simple descripción para comprender las acciones de grandes cantidades de población, que en este contexto adquieren la característica de masa. La estructura dinámica es propia de todos los grupos que comparten elementos sociales comunes, a pesar de que la

ciudad se ha convertido en el escenario de la dispersión, la fragmentación y atomización de sus habitantes.

Estos planteamientos exponen la dificultad que entraña la construcción de teorías sobre el medio ambiente urbano desde el componente sociocultural y el espacio urbano no se puede concebir únicamente en términos físicos, porque en él interviene un complejo entramado de relaciones sociales, económicas, políticas y culturales, para construir simbólicamente e imaginariamente la ciudad (Giraldo, 2000: 196). Además es necesario tener en cuenta el estudio de los imaginarios simbólicos y la representación social que construye el ciudadano desde su propia perspectiva, al igual que los mapas mentales que lo ubican en relación con el territorio, los sitios, los objetos y el ambiente que le rodea.

Los procesos investigativos que realiza la antropología urbana, mediante la etnografía tienen en cuenta procesos de observación y descripción, aunque avanza hasta la comprensión e interpretación, propias de la hermenéutica. Además, la antropología plantea metodologías exploratorias que entrañan una suerte de juego de experimentación sobre los fenómenos que suceden en los contextos culturales (Delgado, 1999a: 20). La propuesta de caracterizar el componente sociocultural del medio ambiente urbano se inscribe en esta perspectiva experimental.

Este estudio toma como referencia, para profundizar en los ambientes urbanos, tres clases de ambientes, con características diferentes, a los que se les realiza una observación etnográfico-hermenéutica, a partir de dos propuestas de la antropología: los análisis microsociales desde la perspectiva de Manuel Delgado, que tienen en cuenta los segmentos y la fragmentación sociocultural urbana, y la descripción densa de Clifford Geertz, que implica la valoración de diversas significaciones para el mismo fenómeno estudiado.



Se parte de la mirada etnográfica pero teniendo presente que la ciudad difícilmente puede ser analizada en su totalidad y más bien trata de estudiar fragmentos, instantes, partes de un todo que ya no es uniforme y modélico. En fin, se trata de proponer un modelo de trabajo, pero reconociendo la connotación problemática del concepto, tomado apenas como instrumento metodológico que ayude a comprender los ambientes urbanos.

Estas metodologías se aplican, partiendo de algunos elementos que propone el modelo de Angel Maya, pero destacando los que corresponden propiamente a la antropología urbana, tales como los territorios, las relaciones socioculturales y aspectos relacionados con el mundo simbólico.

### **3. ALGUNOS AMBIENTES URBANOS EN MANIZALES**

Esta propuesta trata, no tanto de definir lo que es el medio ambiente urbano, sino caracterizar algunos de los ambientes urbanos de la ciudad de Manizales, que pueden servir de referente para ampliar el horizonte de los estudios ambientales urbanos desde una concepción antropológica. Esto, a partir de aportes teóricos y metodológicos para caracterizar grupos culturales que crean, recrean u usufructúan estos ambientes.

Los tres ambientes urbanos escogidos son denominados, en términos generales: consumistas, de diversión y de búsqueda de identidad, caracterizados por manifestaciones particulares que los hacen diferentes entre sí. Su designación arbitraria no es tan importante como la contribución que pueda aportar en cuanto a posibilidades metodológicas para el desciframiento de la complejidad urbana. Los lugares fueron escogidos al azar entre los múltiples ambientes que se podrían identificar en la ciudad de Manizales, entendiendo que a cada lugar le corresponde un ambiente determinado, que es analizado desde diversos componentes. Existen muchas clases de ambientes en la ciudad, que se desarrollan en un

medio urbano, los que les imprime sus propias características; que son susceptibles de analizarse desde componentes tecnológicos, sociales y simbólicos, y que pueden ser retomados por la antropología urbana para aplicarlos o ampliarlos.

En ese sentido, se pretende caracterizar tres ambientes diferentes, pero sin el estigma de que sean categorías clasificatorias, sino tomando como referencia lugares que en un momento dado expresan unas formas particulares de manifestarse, susceptibles de transformarse porque sus posibilidades se agotan, pasan de moda, se reestructuran, cambian o desaparecen, dando lugar a otros.

### **3.1 AMBIENTES CONSUMISTAS**

Son ambientes que en la urbe actual constituyen focos de atención de la inmensa mayoría de ciudadanos, por su estrecha relación con los fenómenos de la globalización y el mercado. Se conocen como “templos de la modernidad” (o de la posmodernidad) y son monumentos significativos que congregan a los habitantes de la urbe, ya no tanto alrededor de íconos espirituales, religiosos o místicos sino de la simbología del consumo y el consumismo.

En este caso, están representados por los Centros Comerciales (de ahora en adelante CC): Parque Caldas y Centro Comercial El Cable. Son lugares de importancia económica para la ciudad, que mueven grandes transacciones financieras, pero también crean relaciones sociales, expresan nuevas identidades y formas de concebir la realidad. Son espacios de distinción y comunicación donde los productos de consumo han logrado una gran importancia, lo que sirve para proponer que las mercancías sirven para pensar (Douglas e Isherwood, citado por García Canclini, 1995: 48). Afirmación que amplía de manera

importante los estudios sobre consumo, al proyectarlos más allá de su tradicional significado económico y darles un contenido más social y cultural.

Los ambientes urbanos se basan en el manejo de los espacios, convertidos en territorios, mediante los usos que les otorgan los grupos humanos, mediante “apropiaciones” culturales, que los especializan en función de intereses muy concretos. Estos ambientes tienden a cambiar con los tiempos, las modas y los impactos propios de la ciudad tecnológica. Es un aspecto fundamental para entender las ciudades de hoy, cambiantes, móviles, líquidas, fragmentadas y sometidas a la incertidumbre propia de los tiempos de la globalización.

La apropiación cultural de los territorios o la territorialización cultural de los espacios, es una operación mediante la cual los ciudadanos de determinadas características culturales, etarias o de clase social, “hacen suyos” algunos lugares específicos, pero no desde una apropiación jurídica o de facto. La apropiación cultural de un sitio se constituye a partir de la costumbre de frecuentarlo individual o colectivamente, de la utilización consuetudinaria de los servicios que presta, o simplemente del hecho de reunirse en grupo para disfrutarlo. Pero más allá de estos actos de búsqueda de pertenencia, los lugares van adquiriendo una significación especial para estos grupos, ya que los convierten en “sus territorios” y los llenan de expresiones simbólicas, sociales y culturales propias. Estos, adquieren unas características que se imponen y trascienden más allá de las fronteras del grupo, de tal manera que impregnan a la ciudadanía. Así, estos lugares van adquiriendo unas características determinadas por diversos motivos, por ser especiales para algunos, porque son rechazados por otros, porque impactan o se convierten en iconos o lugares de identificación. Los lugares, de esta manera se convierten en territorios que adquieren su propia personalidad social, sus maneras de manifestarse, sus propias historias.

Pero las apropiaciones suelen ser diferentes. Por ejemplo, en la comuna Olivares de Manizales hay territorios del miedo, a los que no se puede acceder libremente y son “apropiados” literalmente por algunas pandillas que los asumen como suyos. Los cuidan, los vigilan y se toman el derecho de hacer lo que quieran con sus transeúntes, desde protegerlos hasta atacarlos. Son espacios para el miedo, el vicio y la transgresión del orden. Son especiales para la vivencia de pequeños grupos que dependen bastante de su territorio, demarcado y controlado. Es el ambiente de los sectores populares marginados y degradados.

Mientras tanto los CC adquieren un imaginario como lugares seguros, de distinción, de ilusión, de soñar con lo que se anhela y no se tiene, pero también de escape de la realidad, de refugios contra el tedio. Son propicios para conectarse con la realidad globalizada, el desarrollo y el progreso. Son el espacio para las clases sociales pudientes, que pueden disfrutar del consumo.

Los CC son lugares protegidos, inmensas moles de cemento y/o de fibra de vidrio, que impactan sobre el ciudadano y lo llevan a sentir sensaciones diferentes respecto a los espacios y tiempos cotidianos. Rompen las rutinas y conducen hacia otra realidad, mucho más prefabricada, tecnologizada y consumista, donde se generan nuevos tipos de relaciones. Son espacios cerrados que crean un ambiente artificial que se escapa de los paisajes cotidianos de la urbe; representan el típico no-lugar, que posee similitudes en todas partes del mundo, territorios donde no importan los tiempos no los espacios sino la función que cumplen. Además también se combinan con los lugares antropológicos.

Hay consumidores de todas clases. Algunos asumen un papel pasivo pero expectante, asisten a los CC sin la más mínima intención de consumir, o bien sus posibilidades de consumo son escasas. La pregunta lógica que se formula es ¿qué buscan allí? La respuesta tiene que ver con el consumo cultural, campo de estudio de lo urbano que se ha ampliado

notablemente en estos tiempos. Los CC son la punta de lanza de este proceso junto a las diversas formas de la publicidad. De esa manera se convierten en lugares exóticos, multifuncionales, privilegiados, no solo para consumir, sino para flanear (ver) y flirtear (relacionar), exhibir, mostrar, buscar, divagar, entre otras actividades. El acto de flanear (del francés flaneur), designa el gusto por deambular por la ciudad, relacionado con modos de entretenimiento asociados a la mercantilización y su espectacularización en el consumo (García Canclini, 1995: 97). Hay ciudadanos que se conforman (o les toca conformarse) con mirar, sin someterse a las reglas del mercado o a la expresión material de sus gustos. Sin embargo, tienen otras intenciones menos consumistas, las de observar, ilusionarse con las mercancías, planear una compra hacia el futuro o simplemente dejar pasar el tiempo, olvidarse de la realidad cotidiana ubicada fuera de estos espacios “privilegiados”. Así, los CC se convierten en una alternativa muy fuerte a las actividades cotidianas, en una amplia gama de modalidades de entrar y participar del mercado.

El concepto de consumo, de esa manera, ya no trata únicamente de una operación económica simple sino de un verdadero intercambio de elementos socioculturales y simbólicos que fundamentan la construcción de nuevos imaginarios urbanos. Pero no es una temática más dentro de los estudios urbanos sino que forman parte de una tendencia en la que se presentan, cada vez con mayor fuerza, movimientos sociales que valoran los componentes culturales del mercado y el consumo.

Los CC, tradicionales espacios privados, en las grandes ciudades asumen cada vez en mayor medida, funciones públicas; trascienden su función comercial hacia una gran diversidad de usos e intercambios, que les brindan otros sentidos a los ciudadanos. Son lugares multiuso, que han logrado formar parte imprescindible de la ciudad.

Vivimos una época de preponderancia de la imagen que comprende dos tipos principales: una asociada a los medios de comunicación, que proyecta gran cantidad de actividades

sociales e impacta de forma indiscriminada y efectiva sobre los ciudadanos. La otra es la que refleja y proyecta la personalidad de los individuos, aunque se encuentra asociada a la primera.

La imagen en su segunda acepción se ha convertido en un mecanismo que utilizan una gran cantidad de individuos, especialmente jóvenes, para expresar sus gustos, mostrarse ante otros o buscar reconocimiento. Funciona con base en un movimiento que desciende de la pasarela, asociada a los grandes artífices de la moda y se convierte en costumbre cotidiana de individuos y grupos, en una manera de ser. La ciudad es por excelencia el lugar de la diversidad de modos de expresión cultural y psicológica. La conocida frase: “una imagen vale más que mil palabras”, expresa en gran medida lo que sucede con los jóvenes urbanos. Una manera de explorar rasgos de su personalidad es a través del estudio de su modo de vestir, relaciones interpersonales, expresiones de la comunicación, lugares que frecuentan, entre otros.

Por otra parte, en el CC prima un ambiente que crea sus propias costumbres, un tanto ceremoniales. La entrada, los desplazamientos, los movimientos, las actitudes ante el mercado y los productos son un tanto estudiadas, preparadas, no hay tanto espacio para la improvisación, presenta maneras determinadas de comportarse, unas reglas de urbanidad. Se caracteriza por el cálculo racional de las actividades que se van a desarrollar: lo que se va a consumir, a mostrar y demostrar. Todo debe estar preparado de antemano, la pinta que se va a lucir, los ademanes con los que se debe actuar y las cuentas precisas de lo que se va a comprar. Pero también hay cierto margen de libertad para aprovechar el descuento, la promoción o las facilidades de pago. En general se puede deducir que la asistencia a estos lugares exige ciertos rituales y comportamientos que se rigen por determinadas formas de solemnidad, de acuerdo con arquetipos y permanencias ceremoniales.

Uno de los rituales más extendidos en los CC tiene que ver con el consumo de comidas rápidas, convertido en una alternativa casi obligatoria, que se debe realizar como una especie de requisito para acceder o por la sencilla razón de que los otros también lo hacen. Los clientes devoran grandes cantidades de sándwiches, pizzas, hamburguesas y perros calientes, en una especie de competencia abierta y pública, donde es tan importante calmar el hambre como mostrarse ante los demás y demostrar la capacidad de consumo competitivo.

En estos lugares caben y se manifiestan todas las generaciones. No importa tanto la edad sino la capacidad de consumir o de disfrutar del lugar. Los jóvenes expresan sus gustos, anhelos y prácticas consumistas, atribuyéndole importancia a los CC como sitios de encuentro y de identidad. Es una manera de socializar y compartir, de sentir seguridad ante sus pares, de mostrar sus propios valores. El joven se siente a sus anchas, disfrutando muchas veces de la libertad de no hacer nada, de recorrer y mirar.

Para los niños, los CC representan lugares de aventura, de exploración, de diversión, de estimular sus sentidos, de tener múltiples posibilidades de consumo y que les permite sumergirse en el mundo tecnológico. Son lugares mágicos que los impactan por su majestuosidad, el sinnúmero de actividades que pueden desarrollar y la gran variedad de estímulos sensoriales.

Las personas mayores los valoran como espacios para darse gusto y distinción, para alternar con sus pares sociales. Son espacios para merchar tranquilamente y dejar pasar el tiempo, es una actividad donde la calma y el paseo son fundamentales.

Los CC además poseen su sello de clase, sus códigos sociales implícitos y explícitos, sus formas y estrategias de segregación. Se adecuan a determinados segmentos de población,

teniendo en cuenta su poder adquisitivo y los mecanismos de distinción que los caracterizan. El CC aparentemente es para todos pero no todos pueden acceder a ellos; de manera que adquieren y reproducen relaciones sociales por fuera de los cánones clásicos establecidos por la sociedad. Crean nuevas formas de relacionarse, comunicarse, identificarse con los lugares y actuar socialmente.

Los CC adquieren una gran importancia dentro de la ciudad, debido a la especialización de los servicios que prestan y a la venta de productos de diversas clases. Pero también es importante destacar el impacto que generan dentro de la cultura urbana, que produce cambios en las costumbres y movilidad social de la población en función de estos mecanismos del mercado.

Los CC son multifacéticos y tienen la especial característica de adecuarse a las necesidades de los clientes, en especial por la variedad de servicios que prestan. Algunas veces asumen la función de sustitutos o extensiones de los hogares, de manera que crean ambientes familiares, pero sumergidos dentro de la multitud. Allí se reúnen las familias, celebran actos especiales, los convierten en espacios para congregarse y sentirse juntos, para compartir.

Por otra parte, en su proceso de producción de nuevas relaciones sociales, el CC alinea los locales a lo largo de los recorridos como en el viejo paseo urbano, ahora involucrado en el interior de un edificio “seguro”, es decir, aislado de la ciudad (Pérgolis, 1998: 24). De manera que el paseo urbano, elemento fundamental de la ciudad moderna es reproducido en el interior de estos lugares comerciales, pero dándoles una característica propia relacionada con el aislamiento. Concepto para tener en cuenta por las implicaciones culturales y simbólicas que adquiere el CC, en cuanto espacio diferente pero integrado a la ciudad, ubicado dentro del perímetro urbano pero protegido y aislado; son dos mundos diferentes



pero interconectados. Es un componente de la ciudad que tiene la extraña cualidad de estar en ella y al mismo tiempo no pertenecerle. Es otro lugar.

También se presentan los CC como ciudades ciudad dentro de la ciudad, “ciudades en miniatura”, una ciudad “otra” o una representación hologramática que reproduce en pequeña escala la totalidad de lo que sucede al interior de la urbe. Pero también representan en miniatura los procesos que suceden dentro del proceso de globalización, a la manera de íconos que reflejan el orden planetario. Así, en un supermercado se pueden encontrar mercancías de diversos lugares del mundo, la tecnología genera interconexiones y simultaneidades de toda clase, de forma que cualquier tarjeta de crédito o débito funciona. Conseguir un producto cualquiera no es problema: “lo que no tenemos se lo conseguimos”.

Los CC han adquirido tanta importancia para la ciudad que tratan de desplazar en importancia otros lugares tradicionales, incorporando sus cualidades y manifestaciones. Crea la réplica del restaurante, pero bajo la denominación de Mall, como un sitio modernizado, masificado, donde es muy importante el tiempo para consumir y su principal característica es la agilidad en la atención.

Los juegos, mecánicos y electrónicos, por otra parte, lentamente van desplazando el tradicional parque infantil y adquieren una dimensión tecnológica atractiva para los usuarios, pero también de rentabilidad económica para sus dueños. Es una forma de privatización de una modalidad de diversión que en el contexto general de la ciudad tenía una fuerte connotación pública. De igual manera, la tradicional tienda de barrio, con sus servicios de créditos al vecindario y sin intereses onerosos, es sustituida por el supermercado, donde adquieren gran importancia las tarjetas de crédito o débito y los pagos diferidos.

De igual manera, el CC congrega pequeños negocios que antes se ubicaban en las vecindades barriales, la peluquería, la librería, la cafetería, entre otros. La gran diferencia que establecen con los tradicionales es su integración a los mecanismos propios del marketing de la sociedad de consumo.

Los CC, como ya se ha señalado, poseen múltiples funciones y están constituidos por lo general por dos tipos de espacios y actividades bien diferenciados: el primero es el lugar de la compra y la venta, del comercio, del intercambio, en el que se expresan los rituales de la mercancía, representado por los supermercados y los pequeños negocios. Es un sitio especialmente diseñado para el consumo, mediante la exhibición de gran cantidad de productos con una marcada influencia de los mecanismos de publicidad.

El segundo es el espacio formado por los sitios o lugares en los que se expresan las relaciones sociales, la comunicación y los intercambios simbólicos, tanto convencionales como de los metalenguajes. Están ubicados generalmente en los espacios que hay entre los almacenes, representados por los negocios de comida y bebida, los corredores, las plazoletas, las escaleras y las entradas. Estos espacios no tienen la connotación consumista de los primeros, pero son complementarios.

El consumo se transforma desde una operación económica tradicional hacia una serie de actividades divertidas, nuevas operaciones de significación y resignificación de los espacios y las relaciones sociales. Pero son dos tipos de lugares que se complementan, ya que si no existe la posibilidad de consumir por lo menos se tiene la opción de recrearse, de circular sin rumbo fijo ni afán, de pasar el tiempo, llenarse de ilusiones, soñar o evadirse de la realidad. Estos últimos son sitios especiales para la pasarela y la exhibición, ya no de mercancías sino de cuerpos, de deseos, de soledades.

Los grandes centros comerciales aparecen en Colombia en los años 70, pero en Manizales apenas en 1986 se inaugura el CC Parque Caldas como una novedad para la época. Se ubica en un sector residencial donde priman construcciones de tipo republicano; su extravagante construcción de tipo kitsch rompe la unidad arquitectónica y la sobriedad de los gustos tradicionales de los manizalitas. En un comienzo es sometido a la crítica pública y visto con recelo, en especial por su magnificencia y exótica construcción, pero con el paso del tiempo se ha convertido en referente de la ciudad y en uno de los lugares preferidos para pasar el fin de semana.

El CC Parque Caldas se encuentra ubicado en un sector residencial, adyacente a la Iglesia de la Inmaculada Concepción y al antiguo y tradicional Parque Caldas, de donde tomó el nombre. Aspecto importante que representa un contraste bastante significativo entre dos tipos de territorios urbanos.

Por una parte, el CC, que es un lugar de tránsito, de movimiento, de agite, de aceleración y de la dinámica de los cuerpos; allí confluyen las clases sociales medias y media alta, que hacen gala de su pasión consumista. Presenta grandes y activos negocios. Representa la ciudad moderna y desarrollada. Es el lugar del encierro, del vitrineo y la pasarela.

Mientras tanto, el Parque es el sitio de la tranquilidad, de la concentración de transeúntes y actividades, del ritmo pausado y tranquilo. Es un lugar para la calma y el reposo, para dejar pasar el tiempo. Se caracteriza por el rebusque y las pequeñas ventas ambulantes. Allí se estacionan el dibujante que en corto tiempo realiza caricaturas o retratos en lápiz; el vendedor de productos de plástico para niños; los grupos religiosos que manifiestan y divulgan sus creencias por diversos medios comunicativos y tecnológicos; hippies decadentes o artesanos posmodernos que promocionan sus pulseras, collares y manillas; o los vendedores de helados y de golosinas.

Es significativo este contraste entre la ciudad del pasado, representada, por una parte, por una clase popular de extracción rural y de estratos bajos, y por otra, esa gran burbuja posmoderna que es el centro comercial parque Caldas, símbolo futurista y del desarrollo tecno-consumista. Son dos caras de Manizales, el moderno Jano, una representada por el CC, el templo del consumo, la arquitectura monumental y el tránsito vertiginoso. Mientras que la otra, es la tradicional representación de las ciudades de provincia, el pueblo que se congrega alrededor de la iglesia y el Parque.

Son dos lugares muy diferentes pero que se complementan. Los asiduos usuarios de los dos espacios también se funden y confunden, se amalgaman y se disgregan, presentan una conjunción de tiempos y de ritmos vitales. Son espacios que sirven para orar y meditar, para consumir y divertirse, para pasar el tiempo o entrar en actividades frenética. En apariencia no hay contradicción entre estas dos clases de actividades pero si un significativo contraste entre la ciudad provinciana y la ciudad moderna y posmoderna.

Los territorios también establecen su sello de clase, su símbolo generacional. El parque Caldas es el sitio de los ciudadanos de estratos bajos, pero ante todo el lugar de los pensionados, donde se reúnen cotidianamente para contar historias, jugar ajedrez, o simplemente dejar pasar el tiempo; lugar donde se agitan las historias del pasado, las quejas del presente y las incertidumbres del futuro; donde el tiempo se detiene y se expresan y representan las características del Manizales tradicional. El pensionado y el desempleado, son dos personajes sin tiempo, que ven transcurrir las horas y los días, mientras reproducen su ritual cotidiano. Desde las sillas del parque, que obran como tribuna o graderías de un teatro, contemplan a los transeúntes, a los actores de la vida cotidiana en una representación del mundo ordinario donde junto a los espectadores tejen la trama del tiempo.

Por otra parte, el CC Cable Plaza, inaugurado en 2003, tiene como novedad el arribo de las primeras escaleras eléctricas, que junto con las del CC El Ahorro han marcado la historia

reciente de la ciudad, debido al impacto que generaron entre algunos ciudadanos. Es la demostración para algunos, de que Manizales sigue siendo una ciudad de provincia, a pesar de su notable crecimiento, a la que le han llegado un poco tarde los adelantos electrónicos de las grandes ciudades como Bogotá, Medellín o Cali. Se ubica en un sector que rápidamente se ha convertido en comercial, donde se destaca su vecindad con la Facultad de Arquitectura de la Universidad Nacional, antigua estación del Cable. También presenta un contraste significativo entre dos tipos de lugares. Por una parte, la representación del Cable, sistema de transporte muy importante en los comienzos del siglo XX, que tejó muchas de las historias de la región. Y, por otra, las escaleras eléctricas del CC como símbolo futurista y entrada en el proceso de globalización tecnológica.

En los dos CC se nota una clara presencia de los referentes históricos, el Parque Caldas y la Torre del Cable, asociados a los sitios donde se ubican. Es una tendencia que se presenta en las ciudades desarrolladas, donde las grandes construcciones toman sus nombres de lugares tradicionales, leyendas, historias o de grupos étnicos, bajo la forma de persistencias culturales. Esto, a pesar de que sus construcciones monumentales rompen los modelos y esquemas arquitectónicos, que generan unas visiones más prospectivas y proyectadas hacia el futuro, lo que es mucho más notable en el caso del Parque Caldas.

Los CC se reconocen porque visualmente son monumentales y destacan un tipo de construcción que interviene los modelos arquitectónicos tradicionales y rompe los esquemas de planificación desde una perspectiva funcional y de ordenamiento urbano, de manera que se convierten en factores de desorden o de un ordenamiento de otro tipo. Intervienen también sobre la estética, ya que quiebran la monotonía de los paisajes andinos, en especial en el caso de Manizales, que es el que se examina en el presente estudio.

Los CC son lugares inmensos, con una arquitectura estereotipada –no lugares que se reproducen a escala en todas las grandes y medianas ciudades del mundo- que tratan de

llenar y condensar muchos espacios; son lugares ampulosos, que impactan sobre los compradores y visitantes, en función del consumo, tanto de bienes como de diversiones.

En el caso del Parque Caldas, su construcción se considera un monumento a la fibra de vidrio y al hierro, con un gran contenido tecnológico. Pero, para algunos ciudadanos su presencia dentro del paisaje urbano es sinónimo de mal gusto estético, mientras que para los ambientalistas, es un modelo de contaminación visual. El Cable Plaza es mucho más sobrio, aparentemente más pequeño pero con mayor funcionalidad. Sin embargo para el ciudadano es más impactante por el uso que le da a los espacios interiormente, más vistosos, atractivos y funcionales; en tanto que en su apariencia exterior, se asemeja a una gran “lavadora”, según la afirmación de los jóvenes.

Son modernos y ofrecen grandes novedades, en todos los sentidos: las escaleras eléctricas (Cable Plaza), los ascensores (Parque Caldas) y los juegos infantiles, en los dos casos, muy desarrollados tecnológicamente. Estos últimos, curiosamente siempre están ubicados en los pisos superiores, como si en la salida familiar fuera la última etapa, para que los niños no distraigan el ascenso y la vitriniada de los adultos. Además los CC se especializan en ventas de electrodomésticos y enseres de tecnología avanzada, como televisores, computadores y toda clase de productos de consumo cotidiano. Poseen como característica distintiva la de concentrar en espacios reducidos, una gran cantidad de productos que se expenden en el mercado con una infinita variedad de calidades, marcas y procedencias. Es el reinado de los made in.... de cualquier rincón del planeta.

Por otra parte, los CC constituyen diferentes maneras de percibir lo público dentro de lo privado. Es necesario reconocer que en estos tiempos de globalización los espacios privados adquieren supremacía sobre los espacios públicos, debido al proceso de privatización de todas las esferas de la vida cotidiana, de acuerdo con el modelo neoliberal de producción que impera, en especial en los países dependientes. A pesar de todo,

socialmente los espacios públicos son imprescindibles, porque son espacios instituidos, para la diferencia y la pluralidad (López Correa, 2000: 70), reconociendo que, cada vez son más escasos. Esto, a pesar de la importancia que tienen no sólo para el desarrollo de la sociedad, sino del consumo. En este sentido, las empresas privadas de los CC asumen una función pública, pero donde priman ante todo sus intereses particulares. Así, el ciudadano se encuentra sometido, a la estrechez de los espacios públicos tradicionales y a la utilización de las únicas opciones representadas por los CC, que se convierten en lugares para respirar otros ambientes, para salir de la rutina. Así, varios segmentos de la población urbana se trasladan de los espacios abiertos y “gratuitos”, como los parques, las plazas y las calles, hacia lugares que son privados, cerrados, restringidos y especializados en su uso.

Una característica importante de los CC es que combinan una gran diversidad de lugares, para todos los gustos, todas las ocasiones, todos los tiempos. Además poseen sitios comerciales un poco más pequeños, más íntimos, que se encuentran encadenados en una sucesión de posibilidades, donde el ritual es más compartido, de tal manera que cada ciudadano pueda escoger lo que desee o desfilan hacia el negocio siguiente, donde puede satisfacer todos sus gustos. De esta manera se teje una red de consumismo que atrapa al cliente y que pone en marcha todos sus mecanismos de seducción, promociones, pago diferido, apartar la mercancía, pago con tarjeta, con cheque, sin cuota inicial, y otras modalidades.

Además, generan una gran variedad de posibilidades de estar, ser, usar y obtener los productos que se quieren, los que están de moda o los que es necesario lucir, ubicados en los supermercados, los pequeños comercios, los sitios de recreación, los miradores o los lugares de venta de alimentos y bebidas de toda clase. Los supermercados e hipermercados son la punta de lanza de los CC, donde se expresa en toda su extensión e intensidad el ritual del consumo. Son sitios totalmente despersonalizados en los que la comunicación puede ser de forma absoluta mecanizada o automatizada.

Se puede entrar a un supermercado a comprar una buena cantidad de mercancías sin necesidad de hablar una sola palabra sino cumpliendo con los requerimientos de un ritual: se pasea por cada uno de las secciones que el gusto y la necesidad exijan, se observan los productos, se comparan las marcas y los precios, se introducen en el carro transportador, se llega a la caja registradora y se colocan para cotejar el precio en el código de barras, se mira la cuenta en la pantalla o en la tirilla de pago, y se cancela; si no se tiene efectivo se puede pagar con tarjeta débito o crédito, que escasamente exige el suministro del número de identificación y se le entrega la factura. Así, termina una operación mercantil, convertida en un acto repetitivo, totalmente individualista y solitario, donde no es necesario pronunciar una sola palabra, a excepción del número de identificación que se puede reemplazar por la acción de mostrar el documento.

Son lugares bonitos, atractivos, desde la perspectiva de las estéticas expandidas, en los que se combina la belleza con la monumentalidad. De igual manera son lugares sinónimos de novedad porque siempre se respira en ellos un ambiente de actualidad, de moda, de tener siempre lo último que se produce.

Una parte fundamental de los CC es la de los sitios recreativos si se piensa en la presencia de los niños. En general, son lugares que los impactan de manera inmediata y contundente por su movimiento, sus grandes dimensiones y la variedad de posibilidades de juego y cultivo de la imaginación; por lo tanto, le llaman la atención, lo seducen, lo sumergen en el consumo. El niño se ha convertido en un cómplice importante del consumismo, mediante la presión que ejerce sobre sus mayores. En el hogar recoge los mensajes, principalmente de los medios de comunicación y los convierte en deseos, que luego pretende realizar a través de los centros de consumo y por la presión sobre los adultos. El mercado conoce a la perfección estos mecanismos publicitarios, de tal manera que a muchos productos para el hogar se les agregan figurines o monos, muñequitos, cartas, pequeños juguetes, para que el infante asuma el papel de instigador de la compra, mediante el ejercicio de la presión sobre sus padres.



Los CC, por estar conformados por construcciones bastante grandes siempre tienen lugares que funcionan como miradores de la ciudad, operación definida por el sociólogo Gonzalo Escobar Téllez<sup>1</sup> como de privatización del paisaje, especialmente en el Cable Plaza. Así, un lugar estratégico para la observación, que impacte por alguna razón estética es retomado por los CC para que los clientes recreen su vista desde un lugar especializado, privatizado y controlado.

En el Parque Caldas, por el contrario no se asoma el paisaje por ninguna parte, en su realización arquitectónica impera una construcción “introvertida”, donde el cliente siempre mira hacia adentro, donde el espectador-consumidor no tiene otra opción que concentrarse en lo que observa de manera inmediata, sin distracciones externas. Esto es debido a que el CC se construyó sobre un sitio encerrado dentro de una zona urbana, que no permite avizorar ningún paisaje natural.

Los CC son lugares publicitados como seguros, que implementan sofisticados mecanismos de vigilancia, por medio de guardias y cámaras de video, conectados a un mando central de la oficina de seguridad que opera allí mismo. Aparentemente se trata de lugares tranquilos donde se puede pasar toda una tarde de descanso y diversión, “sin temores”. Pero estos lugares, a pesar de sus extremas medidas de seguridad también se convierten en el blanco de atentados terroristas como en el caso del CC el Tesoro de Medellín, asumidos como un reto a la seguridad implementada, por parte de este tipo de criminales.

La movilidad de los consumidores a nivel general es ambivalente, es muy lenta en días “normales”, cuando los CC parecen lugares desiertos, de muy escaso consumo y de bastante comodidad para los ciudadanos. Pero, por otra parte, la actividad es bastante intensa en días festivos, especiales para el comercio consumista, en el que muchas veces se quedan cortos en el expendio de determinados productos. Esto se presenta en gran medida

---

<sup>1</sup> En comunicación personal

cuando los mecanismos comerciales coinciden con la celebración de fechas importantes como el día de la madre, el día del padre, la navidad y otros. Los CC inciden de forma notable en la construcción sociocultural de sus clientes, ya que no siempre son las fiestas tradicionales las que se convierten en motivo de consumo, sino que muchas veces sucede lo contrario, que una fecha de consumo se convierte en fiesta y se regulariza como un día especial para las ventas de mercancías. De esta manera el mercado se convierte en un mecanismo que instiga y promueve cambios en los comportamientos sociales, y que desde luego, impacta de forma determinante en las costumbres familiares.

Los recorridos que se hacen en los CC de Manizales son generalmente cortos y van desde los almacenes hasta las escaleras, en el caso del Cable Plaza, o desde los almacenes hacia los ascensores en el Parque Caldas. En este último, debido a su configuración arquitectónica en forma de espiral, se hacen recorridos más largos, donde lo más importante no es la cantidad sino la intensidad de los movimientos y desplazamientos.

La actividad en los CC es esencialmente diurna y durante toda la semana, a pesar de lo ya anotado que hay determinadas secciones de tiempo que son más propicias para el movimiento mercantil. Los negocios generalmente se cierran temprano y son escasas las excepciones donde se mantienen abiertos hasta altas horas de la noche. La actividad nocturna es muy esporádica y se supedita de manera preferencial a fechas especiales o a la organización de actividades coyunturales no ordinarias. Se puede afirmar que la actividad nocturna es totalmente nula, lo que genera que en los últimos tiempos, en especial en CC de Bogotá y Manizales se realicen jornadas para mantener este tipo de negocios funcionando hasta altas hora de la noche o las 24 horas del día, pero como una actividad provisional, no permanente. Paradójicamente en los CC comerciales hay una actividad mayor en las escasas horas que se atiende de noche porque es el único tiempo del que dispone mucha gente para realizar sus compras.

Los CC se reconocen especialmente porque son lugares impactantes, que rompen la monotonía del paisaje cotidiano de la ciudad, expresan actividades concentradas y diferentes, son la entrada en no-lugares, exóticos y propicios para salir de la rutina. También se convierten en el lugar de la cita, en el “parche” de los jóvenes o en una opción de fin de semana para la familia.

Los sentidos juegan un papel fundamental en estos lugares. Así, es muy válida la afirmación de que “todo entra por la vista”, lo que implica una gran preparación de efectos visuales, que impacten y seduzcan. También se caracterizan porque son lugares tradicionalmente silenciosos, ya que la música o el ruido ambiente no posee esa intensidad ensordecedora de los lugares más abiertos, apenas se escuchan los murmullos de los transeúntes; al parecer, por tener la característica de lugares cerrados y públicos no se permite la emisión de sonidos con volúmenes demasiado altos. Los CC siempre se ven nuevos, se palpan nuevos, huelen a nuevo, a moderno, a lo que huelen los productos que se mantienen muy cuidados para la venta. Por lo general, los negocios de comidas siempre controlan la emisión de olores, lo que los hace lugares asépticos.

Es muy común también que el CC se convierta en el lugar preferido para almorzar por parte de algunos ejecutivos y empleados de oficinas vecinas que no tienen tiempo de ir hasta sus hogares, por lo que los convierten en el lugar de expresiones rituales en las horas del medio día. En general, es un lugar para gustar y degustar, para romper dietas y disfrutar el fin de semana de la variedad de productos alimenticios que no se consumen normalmente los días restantes.

En los CC existe un trabajo de persuasión consumista muy bien elaborado, bastante calculado, que impacta, que trata de combinar un ambiente agradable con una publicidad llamativa para que el efecto de consumo se convierta en algo natural. El objetivo es que el consumo sea asimilable a una actividad fundamental, vital y de primera necesidad para el

ser humano, aunque en tiempos de crisis económica el factor diversión se convierte en muy importante, no tanto en función del consumo sino de mirar y desear todo tipo de mercancías.

Las costumbres, en el caso de Cable Plaza se encuentran signadas por la solemnidad, la representación y la sofisticación; exigen cierta normatividad que se impone con el transcurso del tiempo, debido a que es el sitio preferido de los estratos altos, más susceptibles al encasillamiento social. Pero también en el acto de comprar hay una determinada presencia de formas de actuación y los rituales son bastante rígidos, posiblemente por la distribución de los espacios y el estrato económico involucrado. Entre menos sensación de libertad más posibilidad de que los rituales sean más estrictos y acomodados a las circunstancias generadas por la estrechez de los espacios.

Un aspecto muy importante para tener en cuenta en cualquier análisis de los CC es el de los cuerpos. En Cable Plaza se asemejan, en mayor medida, a un maniquí diseñado para lucir, no sólo en cuanto a sus movimientos y desplazamientos sino en la actitud ante los otros, con ademanes calculados y prefabricados. Pareciera que todo girara alrededor de la actuación, además de que siempre hay un público, ávido de espectáculo.

En el CC Parque Caldas la representación del cuerpo es más dinámica, más centrada en la actividad física que en el acto de mostrar, más cinética que actoral; presenta una actitud que denota mayor comodidad y libertad. Los ciudadanos caminan con mayor “normalidad”, sin prisas y pareciera que sin metas preestablecidas. Hay una mayor actitud de relajamiento.

En Cable Plaza, hacia su exterior, la estación del Cable con la representación de la vieja torre y de su viaje ficticio por las cumbres andinas, es un símbolo de la tradición, donde se recuerdan las historias de los colonizadores que circulaban entre las cumbres de Caldas y

las planicies tolimenses. Esto remite de inmediato hacia la historia de comienzos del siglo XX en la que se comienza a consolidar el desarrollo regional.

En contraste, en el interior del CC todo es nuevo y actualizado, con un tiempo mínimo de servicio al público y, apenas se encuentra en fase de construcción y consolidación de su propia tradición e identidad. En este sentido, los jóvenes y las clases alta y media alta de la sociedad manizaleña contribuyen a este proceso mediante sus apropiaciones culturales y actuaciones sociales.

El CC Parque Caldas ya posee una relativa tradición que le dan, tanto sus años de funcionamiento como la valoración que le otorga la ciudadanía, cambiando esa imagen negativa de los primeros tiempos de su apertura, que se ha acostumbrado a su presencia y uso cotidiano, no sólo como lugar de consumo, sino también como una posibilidad de descanso y recreación de fin de semana.

El principal símbolo de estos establecimientos comerciales es el consumo, el boato de la mercancía, la proliferación de marcas, promociones, descuentos y facilidades de pago. Su imaginario los asocia con lugares de libertad, con la búsqueda de lo diferente, de lo que está de moda, no sólo a nivel de la vestimenta sino también de la manera de lucir el cuerpo de manera integral. La moda funciona a diversos niveles, asociada, entre otros aspectos, al uso y disfrute de los adelantos tecnológicos, al gusto por la música que se escucha en determinados periodos de tiempo, a las comidas más apetecidas por los visitantes, y a otros elementos que satisfacen los gustos de los ciudadanos, incitados o excitados constantemente por la publicidad y los medios de comunicación. En el acto de consumir, además, se le da continuidad a un ritual publicitario que se inicia con los mensajes que los consumidores captan en los hogares a través de los medios y que luego se cristalizan en el mercado, especialmente en los CC. De esa manera se cierra un ciclo que traspasa las

fronteras sociales y transporta simbólicamente al cliente desde la comodidad de su hogar, donde es incentivado, hacia la novedad del CC donde obtiene su realización consumista.

El impacto que producen los CC en la ciudad de Manizales es bastante alto, y a pesar de que existe una división por clases sociales, no existe ningún condicionamiento para el acceso, sino más bien para el consumo, dependiendo de la capacidad de consumo.

En general, se puede concluir que los CC cambian notablemente las perspectivas de las ciudades y, por lo tanto, las costumbres de muchos de sus habitantes, mediante el consumo y la recreación. Pero también es importante destacar que se requieren mayor cantidad y calidad de estudios de impacto social, cultural y simbólico de los CC en especial en ciudades intermedias como Manizales, donde su incidencia es bastante notable.

### **3.2 AMBIENTES RECREATIVOS**

La vida moderna, por su marcado interés y expectativas en el desarrollo y el progreso genera un inusitado aumento del estrés, más notable entre los habitantes de la ciudad, que se sienten compelidos hacia actitudes competitivas, desgastantes y generadoras de desequilibrios psíquicos que, a su vez, impactan los comportamientos sociales y culturales. Ante este fenómeno propio de la época y que cada vez toma mayor intensidad, el ser humano siente la imperiosa necesidad de apelar a mecanismos que le permitan relajarse y estabilizar sus funciones vitales. Para tal fin, trata de evadirse de la realidad o apela a la diversión. De esta manera, cuando no puede salir a sitios de esparcimiento fuera de la ciudad, porque son exclusivos o requieren una buena capacidad, apela a los sitios de esparcimiento al interior de esta. Los lugares públicos son una buena opción, aunque los parques y las plazas han perdido su tradicional importancia en este campo. Así, las calles y

los CC se convierten en los preferidos por la variedad de posibilidades que ofrecen y la economía que implican.

El espacio público en las ciudades tiende a restringirse por efecto de la construcción de viviendas y de obras de infraestructura, que muchas veces acaparan los buenos terrenos. En Manizales, debido a su abrupta topografía es más notable este caso, lo que requiere una gran capacidad de máximo aprovechamiento de los espacios públicos.

En este contexto aparecen las denominadas “zonas rosa” como la de Chipre que adquieren una gran importancia como lugares recreativos, especialmente los fines de semana. Chipre es el prototipo de estos lugares de diversión, con un amplio espectro como espacio público, que ya no se identifica sólo con el viejo barrio tradicional sino que ahora se ha transformado en una amplia especializada en servicios de recreación, más allá de su función primaria como lugar de habitación. Esta constituido por diversos espacios, cuya característica principal es la de ser abiertos, y donde se siente la libertad de circular y elegir los más adecuados para pasar un fin de semana agradable.

Chipre es un lugar periférico, límite de la ciudad, que destaca por ser un lugar que se impone en el imaginario de la ciudad por la desvalorización de los lugares que hacían de centro (Martín- Barbero, 2001: 128-130).

El tema de los espacios públicos es un tema polémico dentro de la ciudad actual, debido a dos fenómenos principales, su paulatina pérdida, donde han sido significativas las campañas de algunos alcaldes de Bogotá para recuperarlos. Por otra parte se presenta una reconfiguración modernizante y tecnológica de estos espacios, donde priman sus alcances económicos, como fuente de rentas para los municipios.

Otro fenómeno destacable, que afecta el disfrute de los espacios públicos, es que el ciudadano de hoy, por lo general, busca refugio en la privacidad de su hogar, debido a la atracción que ejercen los medios de comunicación, pero también al recrudecimiento de la violencia callejera y el inusitado aumento del miedo y la prevención. Este es un fenómeno urbano, especialmente de América Latina, aunque también se viene generalizando en los países desarrollados, que también son sometidos por las presiones de los migrantes, la delincuencia y la pauperización de grandes masas de población.

La calle se convierte en una buena opción para la diversión de fin de semana, si se sabe aprovechar adecuadamente, combinada con otros espacios complementarios, tal como sucede en Chipre, donde el componente comercial no es tan fundamental sino que su función es la de generar espacios exploratorios para la diversión.

Es un ambiente caracterizado por la libertad de pasear sin rumbo fijo observando el paisaje, de comer lo que se atravesase en el camino, de caminar sin rumbo. El consumo es de tipo popular, por la presencia de comidas en la calle o en sitios al aire libre, con gran variedad y abundancia de posibilidades gastronómicas.

El uso de estos lugares permite pensar acerca de las relaciones simultáneas que se dan en un mismo espacio (García Canclini, 1995: 99). Pero en Chipre confluyen diversas clases de relaciones, pero también una gran cantidad de historias. El lago de Aranguito, tradicional sitio del viejo barrio Chipre; el monumento a los arrieros, con su polémica alrededor de su significado y su administración; las historias prosaicas, triviales y cotidianas de los paseantes dominicales por las laderas, la Avenida 12 de octubre y la admiración que causan sus paisajes; la ciclovía, con su variada gama generacional; la zona de parapentismo, para las nuevas generaciones de deportistas extremos. Todo esto se complementa con la veloz circulación de vehículos al ritmo infernal de un rock estridente o de un vallenato. De igual manera es significativa la presencia del tanque de agua y su proyecto futurista de cambio



funcional hacia un mirador turístico. Son apenas algunos de los sitios, que ya se han convertido en representativos de la ciudad.

La zona rosa de Chipre es un territorio delimitado para el ejercicio de diversas actividades recreativas. El domingo es el día especial en esta zona, donde confluyen personas de todas partes de la ciudad, lo mismo que los turistas. La ciclovía es uno de los mayores atractivos para los ciudadanos de todas las edades y se reconoce porque tiene dos funciones centrales. La primera, como ocasión para hacer deporte, ciclismo, patinaje, atletismo o simplemente para caminar. La segunda, que se ha convertido en la más importante, para mostrarse. Este aspecto forma parte de la actual tendencia hacia el culto al cuerpo y a la imagen que este proyecta. Representa la pasarela de la calle, pero combinado con el ritual del enamoramiento y la conquista. Para los jóvenes representa una manera novedosa y atractiva de generar nuevas formas de comunicación y de relaciones interpersonales.

Chipre posee además sitios para pasear, vender mercancías, mirar el paisaje, o consumir alimentos. Aquí también, como en el caso de los Centros Comerciales confluyen múltiples elementos de análisis respecto a los usos de los territorios y de su “apropiación simbólica y cultural” por parte de las comunidades, propios del medio ambiente urbano. Posee una característica distintiva, ya que es un sector usado como “zona de tránsito”, de desplazamientos, de pasear y caminar. Pero también es un espacio dedicado a actividades que trascienden su función primaria como zona de desplazamiento funcional. En ese sentido, algunas calles de esta zona, pertenecientes a la Avenida 12 de octubre han sido colonizadas como lugar para estacionar el carro y darle un uso diferente al de medio de transporte. Entonces, se convierte en un objeto de exhibición, en un tertuliadero, o en un lugar para tomar licor, comer helados, empanadas, chuzos y otros alimentos. Todo esto mientras se lanza al viento una gran cantidad de modalidades de música, a un mismo tiempo y a un volumen estridente en muchos casos. Esto se va convirtiendo para el oyente en una mezcla informe de retazos melódicos, desde la música del despecho hasta los vallenatos de moda, pasando por el trance, el rap o el rock pesado. Es una sinfonía del caos,

de la contaminación auditiva, pero también del disfrute personal. La calle se convierte de esta manera en un espacio con personalidad propia, base de las “zonas rosa”, convertidas en lugares estratégicos de la ciudad contemporánea.

Estos territorios múltiples constituyen una aproximación interesante a lo ambiental urbano, pero no como una construcción uniforme, sino interpretados como lugares que presentan, desde la cartografía, una confluencia de mapas superpuestos que contienen elementos físicos, sociales, culturales, simbólicos, imaginarios, virtuales; un territorio de simultaneidades.

En esta relación es importante el concepto multifacético de paisaje, no concebido solo desde una perspectiva contemplativa, sino desde sus características estéticas. La categoría paisaje es un constructo cultural y un simulacro de naturaleza, de manera que son imaginados y creados (Vanegas, 1999: 37), se constituyen en una elaboración simbólica y cultural, pero también en una relación entre ecosistemas y construcciones humanas (Odum, 1998: 31).

El paisaje en Chipre es un elemento visual importante, que no destaca sólo sus formas físicas inmediatas, sino que conjuga elementos variados como el horizonte, el atardecer, la visión panorámica de otras regiones alejadas, el aire frío, la sensación de vértigo y la pista de lanzamiento para paracaidismo y parapentismo; pero también una gama de sensaciones que remiten, por una parte a la historia tradicional de Manizales, y por otra, hacia la proyección futurista que se pretende lograr mediante la promoción turística.

Necesariamente se asocia con el espectador, el contemplador, el actor que se lo apropia, que lo convierte en un ritual posmoderno. Así, el ámbito de lo ambiental se va constituyendo en un campo de estudio, que descompone y recompone constantemente el

paisaje, que trata de atrapar las tramas de significación, lo efímero y cambiante y que busca generar una explicación más compleja de la realidad. De esta manera, el paisaje domesticado o urbanizado (Odum, 1998: 241) es una característica central de la acción cultural del ser humano sobre los elementos de la naturaleza.

La calle, el paseo, la exhibición, la venta callejera, el paisaje, el flaneur, son elementos importantes para interpretar la zona rosa de Chipre como un espacio apropiado, en el sentido de propiedad cultural, que luego se convierte en valor patrimonial, pero haciendo la salvedad de que los elementos intangibles llegan a ser más importantes que los tangibles y los naturales. Pero también se debe reconocer que el concepto de intangible es difícilmente aprehensible, más teniendo en cuenta el patrimonialismo fiscalista que se ha manejado en la tradición de los estudios urbanos.

La calle, es un elemento fundamental en la caracterización de Chipre, que más allá de su composición física, tiene una composición de tipo sociocultural que la convierte en el sitio de confluencia de variadas actividades.

Confluyen diversas modalidades de la economía formal e informal y presenta un variado repertorio de productos, en especial de consumo inmediato, teniendo en cuenta los gustos de los visitantes y las clases sociales que la frecuentan. Por ejemplo, para el vendedor ambulante es una situación propicia para que sus ventas de fin de semana le puedan proporcionar la ganancia que no obtiene en el resto de días. Estos vendedores también se apropian culturalmente de los lugares, de manera que cada en cada salida se puede reconocer a los vendedores que ya tienen su “propio” espacio en la Zona Rosa, y que con el tiempo se van convirtiendo en personajes, que llegan a formar parte de un paisaje humanizado culturalmente.

Recreativas, especialmente en la función de “apropiación” por parte de los jóvenes y niños, representada por las ciclovías, las canchas, o simplemente la o la “toma” de la calle o de algunas zonas verdes para jugar fútbol o patinar. También es importante en jóvenes y adultos el espacio que se ha especializado en la práctica de parapente, paracaidismo y aeromodelismo.

Existe también una franja de personajes que van a Chipre en función de la curiosidad y el esparcimiento, especialmente familias, que en algunas ocasiones llevan el almuerzo para disfrutarlo en un potrero. También salen en este plan jóvenes solitarios, parejas de enamorados, amas de casa y, en general los flaneur.

Una característica fundamental de esta zona es entonces el movimiento, el desplazamiento continuo. De esa manera, la calle, más allá de su concepción arquitectónica o ingenieril, representa un espacio hecho de fluidos, ondas, migraciones, vibraciones, gradientes, umbrales, conexiones, correspondencias, distribuciones, pasos, intensidades, conjugaciones (Delgado, 1999b: 145). Así, la calle es un elemento material que contribuye a la producción social. Es un espacio colectivo que pretende superar las diferencias sociales, que representa el paso inexorable del tiempo y de lo efímero del ser humano, lo que vale apenas por un instante. Es un gran río que cambia de formas, de caudales y de profundidades, teniendo en cuenta determinados segmentos de tiempo par su disfrute. Pero, además, la calle a la manera de O. Calabrese sería un fragmento de la ciudad, un elemento por sí mismo, que se extrae de su contexto de pertenencia y se recompone dentro de un marco de multiplicidad (Rojas y Guerrero, 1997: 21).

Un elemento importante dentro de la configuración de las calles de la Zona Rosa de Chipre es el de los espacios transversales, cuyo destino es el de traspasar, cruzar, intersectar otros espacios devenidos territorios y que son una travesía o espacios-tránsito (cfr: Delgado, 1999a: 36). Estas cualidades, componentes e interpretaciones de la calle nos la presentan, al mismo tiempo, como un lugar y un no-lugar multifacético, indefinible donde todo puede

pasar. Es el lugar de los flujos, de la dinámica, de las corrientes y mareas. Pero también es el habitáculo de las masas, cambiantes y difusas. Es el sitio por excelencia para caracterizar u determinado y muy característico ambiente urbano en sus aspectos socioculturales.

La calle constituye un escenario importante en algunos actos masivos, bastante representativos de la ciudad. Por ejemplo, en las Ferias de Manizales, muchos ciudadanos salen a recorrer sus calles, especialmente la calle 23 que se conecta con la Avenida 12 de octubre” y que establece comunicación entre el centro de la ciudad y Chipre, conocida popularmente como “el tontodromo. Esta denominación, proviene de la costumbre ya muy arraigada en época de ferias de circular de arriba hacia abajo y viceversa, muchas veces sin un rumbo fijo o un programa determinado.

Chipre constituye un espacio de travesías y sin mapas, de procesión, de paseos, de ir y venir, a veces sin rumbo fijo. Lo importante es participar en esos grandes desplazamientos, en esas marejadas humanas que se mueven de un lado a otro de la ciudad. ¿Qué piensan esos paseantes, masas o mareas humanas acerca de lo que hacen y de la razón por qué lo hacen? Es posible que no haya una respuesta concreta si nos atenemos a los conceptos que se utilizan en los análisis urbanos contemporáneos, que determinan comportamientos mediados por fragmentos, instantes, pequeños relatos del mundo de lo efímero. De esta manera ahora la ciudad es como un videoclip, montaje efervescente de imágenes discontinuas, en el que se entrecruzan las historias, se caotiza el tiempo, las imágenes y los territorios (García Canclini, 1995: 100-101).

Además las largas caminatas hay que realizarlas exhibiendo los ponchos y sombreros, la bota con manzanilla al hombro y toda la parafernalia de origen hispano-paisa. Esta actividad se lleva a cabo como si los paseantes fueran en verdad potenciales clientes de las corridas de toros, aunque muchas veces no tengan la posibilidad ni la oportunidad de asistir. En este caso se retoman elementos de los carnavales, donde lo más importante es

disfrazarse, transformarse en otro. La calle se convierte de esta forma en una pasarela popular por donde circulan los ciudadanos con sus mejores galas, ritual que se asemeja a las mareas, a los movimientos de agua que se desplazan de un lugar a otro, empujados por el ambiente colectivo que crea la misma fiesta.

Chipre es uno de los lugares específicos de la Feria de Manizales, de congregación masiva popular. La fiesta, primordial en estos eventos, es una actividad lúdica, un dispositivo de representación cuya misión es la de especularizar una determinada comunidad humana para experimentar un sentido de la identidad compartida (Delgado, 1999b: 35). La fiesta es un componente esencial de la acción social que permite el intercambio de diferentes manifestaciones de producción cultural y simbólica de los ciudadanos; dispositivo social que reúne, congrega, construye identidades, permite comportamientos no usuales, y produce formas de ocupación ritual del espacio público (García Canclini, 1999b: 45-46).

La fiesta es un lugar por excelencia para profundizar en las diversas propuestas culturales de la ciudad. Esto, para contribuir con la interpretación y comprensión de los fenómenos que suceden en los espacios donde se tiene la oportunidad de estar con el otro, cerca del otro, de ejercer la tolerancia y “olvidar” las diferencias. Es una celebración esencial que pretende establecer mecanismos de cohesión de la ciudadanía, la manera que tienen los ciudadanos de volver a reconocerse periódicamente en lo que comparten y departen. Ritual del goce, de la abundancia y la ocasión para traspasar, momentáneamente, los límites establecidos por la sociedad.

Las fiestas son la oportunidad para la recuperación o creación de nuevas relaciones colectivas, el espacio de la masa, de los recorridos, de los saludos y de la exposición. Pero también de pueden convertir en el lugar donde afloran, se manifiestan y se exacerban algunos de los conflictos sociales urbanos.

Así, la calle y la fiesta son dos protagonistas de la cultura urbana. La calle como el escenario y la fiesta como la representación, donde el público tiene el doble rol de espectador y actor, en el que asume un papel donde se rompen las barreras que atan al ciudadano a los actos formales de la cotidianeidad.

De esta manera, la calle adquiere status como uno de los lugares predilectos para la representación de lo ambiental urbano, porque contribuyen a la construcción de determinados ambiente ambientes y se constituye como el lugar por excelencia de realización de lo público.

En síntesis se podría decir que las calles, a pesar de que son concebidas como espacios propios para la libertad, de acuerdo con los altos índices de violencia de los países subdesarrollados, se convierten también en lugares propicios para el atentado, la emboscada o el asalto, que restringen la libre movilización. También es el escenario de actividades institucionales como desfiles o fiestas, pero también no institucionales como los actos de protesta. De esta manera el estudio de la calle se asume como lugar específico en el que se detectan las condiciones ambientales socioculturales de los ciudadanos, donde se percibe el verdadero significado de ser ciudadano y se puede diagnosticar el “estado de salud” de la ciudad con sus bondades o carencias. Es el sitio de la pluralidad de formas de actuar, de tránsitos y de movimientos.

Las calles, además de su connotación como espacios públicos adquieren otros significados, de acuerdo con su uso. Por ejemplo, en Manizales se presenta un intenso debate acerca de la vocación, especialización o usufructo de la calle 23. Se discute en torno a su naturaleza: si es un espacio público para pasear, flanear o disfrutar, o por el contrario, una calle para los automóviles y el comercio, y en algunos casos para la delincuencia. Esto, a pesar de su adoquinado peatonal, que implicaría necesariamente que su destinación es para uso exclusivo de los ciudadanos, a la manera de un paseo o bulevar. La principal controversia

se presenta entre conductores y comerciantes, mientras que las opiniones de los peatones, tal vez por su carácter de transeúntes, los que transitan, no se escuchan. Esta situación no tiene sentido, si se plantea a partir de las últimas tendencias y programas de cultura ciudadana que pretenden recuperar los espacios públicos en las urbes contemporáneas. También es de analizar en el caso concreto de Manizales el problema de la escasez de vías para la circulación de automóviles.

Este tema es importante en el sentido de que la calle 23, durante las épocas de fiesta se convierte en el lugar preferido de los Manizaleños y de los turistas por la conexión que establece con Chipre y la posibilidad de generar relaciones donde prime la participación de la ciudadanía.

La zona Rosa de Chipre sirve de confluencia a muchas clases de ciudadanos y varias generaciones. Su característica principal es el tránsito, enmarcado dentro de las calles como protagonistas. Es el lugar de las familias, pero también de los jóvenes de clase popular, que expresan su mundo en la cita callejera, la conquista, la rumba, el solle, la parranda improvisada, elementos que conforman esa vivencia del aquí y el ahora.

Los tiempos van cambiando: los viejos vivían de la nostalgia del pasado, “todo tiempo pasado fue mejor”, ahora la juventud vive el presente y a muchos ni siquiera se les asoma el futuro, cada vez más incierto; así, los “combos” de jóvenes salen a gozarse la rumba, porque “no se sabe que les depara el mañana”. En este aspecto, ya no cabe imaginar un relato organizado desde un centro sino desde espacios múltiples de participación (García Canclini, 1995: 102). La zona rosa es un espacio de este tipo porque allí se reúnen, se congregan, circulan, intercambian, pasean muchas clases de ciudadanos. Se manifiestan diversas actividades, como espacio de trabajo, tanto para el comerciante organizado como para el vendedor ambulante o de rebusque, para paliar la crisis económica. Pero, lo más



importante es que ha llegado a formar parte del imaginario cultural como símbolo de regocijo y contemplación paisajística.

Chipre impacta tanto en la ciudad que siempre ha existido la pretensión de convertirlo en un centro de atracción turística. El Monumento a los Colonizadores, es una prueba de ello, aunque con un éxito relativo, tal vez, por la fuerte controversia que suscitó su construcción, por fallas administrativas, o simplemente por que no es lo bastante atractivo para los turistas.

Algunos otros lugares que identifican el sector son: el tanque de agua, las canchas, los juegos infantiles, la zona de heladerías; la zona de consumo de comidas y licores, formada por discotecas y bares, las ventas ambulantes y las muestras artesanales o el “agáchese”. La media torta es un sitio muy popular durante las celebraciones especiales, en especial por la algarabía que genera las congregaciones masivas. La ciclovía es el lugar ya tradicional para hacer deporte pero también para mostrarse, para estrenar la bicicleta o el nuevo atuendo para montarla, es parte de las nuevas tendencias hacia la práctica de los deportes, el manejo de la figura y explotación de la imagen.

Son espacios variados, más bien familiares, abiertos y propicios para salir a caminar y observar tanto las diferentes actividades como el paisaje. Un atractivo interesante es el Valle del Risaralda, que genera vértigo debido a su considerable altura, que impacta visualmente, que transmite una gran sensación de lejanía y de perderse en el horizonte. Hay un sinnúmero de lugares que aparentemente son tranquilos y vigilados pero en los que también existen algunas modalidades de delincuencia, asociada ante todo, a cierta permisividad de las autoridades en cuanto al consumo de sustancias prohibidas cerca de las canchas de básquetbol.

Los tiempos de mayor dinamismo en la Zona Rosa son los fines de semana, cuando la actividad llega a sus toques máximos, especialmente en la jornada diurna, aunque con algún movimiento importante en la noche en los lugares de baile y consumo de licor. Pero es en tiempos de la Feria de Manizales cuando la zona se convierte en el sitio predilecto para el transeúnte, por ser escenario de presentaciones artísticas muy diversas.

La característica visual es la sensación de ondulación que crea el ascenso desde el centro, el horizonte casi infinito y la sensación de amplitud en el paisaje y en los recorridos. Presenta una gran combinación de sonidos, los propios del transeúnte, los que corresponden a los expendios de comidas, los que expiden los carros en movimiento o estacionados con sus equipos de sonido, generadora en ocasiones de grandes dosis de contaminación auditiva. El olor asociado al paisaje es una combinación de aromas de las zonas rurales, con su típico aire puro, combinado con los olores que expiden los mercados ambulantes de comidas con su gran cantidad de productos para el consumo, una amalgama de sabores que entran por los ojos y la nariz, desde la mazorca, la fritanga, el chuzo, la arepa; para todos los gustos y paladares. Este es talvez uno de los aspectos atractivos de este ambiente, porque satisface a muchos visitantes, de todas las edades, pero especialmente de estratos medios y bajos. Los estratos altos, mientras tanto prefieren ritualizar su consumo en el interior de los automóviles.

Este territorio se encuentra ubicado entre la zona netamente urbana, gris y contaminada, en la parte baja donde se ubica el gran paisaje urbano y por otro lado, se ubican los sectores rurales, verdes, de aire puro en la parte de arriba. Franqueado por sectores residenciales, es el lugar propicio para salir de la rutina de la ciudad, con su inusitado acelere. Es un ambiente como de “otra” ciudad, multiuso y especial para actividades de disipación, de búsqueda del placer sencillo y de descanso.

El imaginario de esta zona de la ciudad se concentra en hechos históricos y recreación. Es uno de los sitios más tradicionales de Manizales, un lugar de la nostalgia para muchos de sus habitantes. Pero, en el tiempo presente, se le trata de explotar en todas sus dimensiones, como zona turística con modalidades de recreación deportiva: parapente, ciclo vía, básquetbol y microfútbol, entre otros; igualmente, como sitio histórico que reproduce las gestas de los colonizadores de la región con toda su parafernalia y tradición colonizadora. También en el imaginario se presenta como el mirador: el lugar desde el que se pueden observar 5 departamentos y un sinnúmero de municipios. En el pasado fue un famoso mirador, pero, a partir de la construcción del Monumento se ha querido imponer como el sitio para mantener las tradiciones culturales, mediante la recreación de las hazañas de los primeros colonizadores y sus prácticas de arriería.

En la zona existe libertad, poca prevención, lo más importante es salir a caminar, contemplar el paisaje, recrear la historia. Se ritualizan actividades bastante cotidianas, no muy significativas, no tan desbordadoras de la vida corriente. El cuerpo inspira dinamismo, soltura en sus movimientos, falta de prevenciones. Es un cuerpo sin tensiones ni afanes, dispuesto para el movimiento y algo de esfuerzo físico. Combina varios elementos que conforman la ciudad, lo moderno con lo tradicional, lo urbano con lo rural. Se sitúa más bien en un punto medio, donde los contrastes es lo más destacable.

Es especialmente un lugar para compartir en familia los fines de semana, ante la escasez de sitios de recreación en la ciudad o el escaso poder adquisitivo de los ciudadanos. Es el símbolo de la diversión familiar, pero más asociado a familias de clase popular y media. Chipre tiene un gran impacto sobre la ciudad por ser uno de los lugares tradicionales y una opción económica de diversión los fines de semana, lugar de tradición turística, que se ha convertido en icono de Manizales.

Manizales es una ciudad intermedia que cada vez adquiere más la fisonomía de las grandes ciudades, el desorden y el caos, la escasa planificación y los conflictos que brotan espontáneamente y se pueden volver incontrolables. Sitios como Chipre sirven a la ciudad para rescatar aspectos cotidianos y vitales que muchas veces son encubiertos por los productos que genera la invasión tecnológica, que muchas veces conecta al ciudadano con los grandes adelantos de la modernidad y la posmodernidad pero lo desconecta de la naturaleza y de sus espacios a los cuales siempre pertenecerá.

### **3.3 AMBIENTES DE IDENTIFICACIÓN**

Los ambientes de identificación, toman esta denominación porque se desarrollan en lugares caracterizados por la reunión habitual de jóvenes, de preferencia universitarios, tanto manizaleños como provenientes de otras ciudades. Pertenecen a una generación que se encuentran en la edad de conformación plena de su personalidad, disfrutan de la libertad que nunca tuvieron en el colegio, tratan de establecer nuevas relaciones y explorar otras facetas novedosas de la vida.

Estos jóvenes han escogido la Zona Rosa de la Avenida Santander como su territorio. Es un lugar de transeúntes que circulan por espacios restringidos, demasiado delimitados. Las calles poseen la característica de que son “estáticas”, en su mayor tiempo, en el sentido de que el movimiento que les es propio pasa desapercibido entre semana. En sus fases de mayor concentración, los jueves, viernes y sábados, es un lugar que se caracteriza, algunas veces por el fuerte por el movimiento, pero otras por el tumulto. Presenta una gran concentración de grupos que se reúnen alrededor de una botella de licor o de la tradicional “vaca”, costumbre muy colombiana de reunir dinero entre todos para fines de consumo. Los grupos se desplazan de un sitio a otro, marcando territorio y apropiándose de la noche. Espacios de libertad sin límite. Su mayor encanto estriba en el paseo constante, en la

búsqueda de compañía, en la variedad de charlas, de presentaciones, de intercambios de lenguajes formales e informales, de ritmos de la música y de los cuerpos.

Son lugares, que a pesar de ser tan corrientes como una calle cualquiera de la ciudad, adquieren unas características distintivas mediante la apropiación cultural que hacen de ella los jóvenes con sus pintas, sus lenguajes, sus relaciones, su forma de ver la vida. Es un espacio franqueado por la cercanía de algunas universidades, territorio juvenil con sus propias propuestas, lenguajes, modas y costumbres que le otorga una diferencia fundamental con otros ambientes.

Las Zonas Rosa, ya famosas en todo el mundo son una modalidad de agrupamiento de los jóvenes que surge a finales del siglo XX como una nueva forma de recuperación de los espacios públicos, de una redefinición y nueva funcionalidad de la calle. Son diferentes de los espacios públicos tradicionales porque forman una gran red de consumo mediante una gran proliferación de lugares privados. Los símbolos de la zona Rosa son la calle, los negocios que se ubican en ella, pero también las nuevas relaciones sociales que implica.

La Zona Rosa de Manizales es un espacio abierto, aunque tiene sus límites, en este caso desde el Cable (algunos la ubican desde la Universidad Nacional) hasta los Rosales. Contiene muchos lugares con diversas actividades pero los característicos son las discotecas, los bares, las cafeterías, los café internet, entre otros.

Son lugares que presentan un gran contraste, ya que en su exterior son bastante abiertos y amplios, dispuestos para la circulación, mientras que en su aspecto interior son bastante cerrados, cuanto más cerrados mejor, lugares semiclandestinos, oscuros. Son lugares ideales para sentirse libres de ataduras sociales y académicas.

Aparentemente son sitios seguros en su interior pero inseguros en el exterior, al mismo tiempo tranquilos y peligrosos. La movilidad es restringida en sus recorridos porque son espacios demarcados, con límites, en los cuales se pasea pero no se sale por lo menos, hasta que termine la jornada. Tiene recorridos muy precisos, cortos, pero en los dos sentidos, de manera que la noche se convierte en una serie desplazamientos grupales, de subidas y bajadas. El tiempo predilecto para su uso es de jueves a sábado y sobre todo en horas de la tarde y de la noche, pero el viernes es el día especial, motivado por la celebración, en un país en donde todo se celebra, de terminar las clases de la semana.

Los días viernes a las cuatro o cinco de la tarde comienzan a desfilan los jóvenes en busca de sus respectivos grupos o combos. En la tarde la jornada de aglomeraciones comienza entre las cuatro y las cinco, preferentemente en los negocios que tienen parasol y mesas en la calle a manera de bulevares. Es la hora de comenzar el ritual, el paseo, la mirada, de hacer las llamadas y establecer las citas. Poco a poco se van reuniendo los jóvenes hasta que al terminar la tarde hay una verdadera congestión de grupos que van y vienen, que buscan. Algunos comienzan tímidamente a tomar unas cervezas pero la mayoría siguen paseando mientras llega la noche, cuando se hacen más notables los corrillos en las calles, las filas en las tabernas y discotecas. Luego comienza el ritual fuerte: buscar, caminar, compartir, bailar, tomar, establecer múltiples formas de comunicación entre grupos o parejas.

En las horas de la noche los sitios predilectos son los negocios privados, bares y discotecas. Luego de terminado el ritual público de la calle, comienza el ritual privado de la noche. Viene el paseo nocturno y el tránsito hacia espacios en los que todo huele a rumba, esa mezcla de lugar encerrado, oloroso a muchas fragancias, de cuerpos sudorosos. Es esa mezcla informe de cigarrillos, licores y polvo con ambientadores baratos. Silencio exterior y estridencia interior. Es el espacio de consumo de licores, pero también de las comidas rápidas, de “tanquear” para que la fiesta se pueda prolongar hasta la madrugada.

Los muchachos salen vestidos con sus pintas típicas de universitarios, casuales pero prefabricados en muchos casos, según las características del grupo al cual pertenecen. Los hay también que exhiben sus pintas de acuerdo con sus gustos musicales y se diferencian de los otros por la manera de llevar la ropa, de vestirse, saludarse, relacionarse, bailar, etc. En este aspecto se presentan una gran cantidad de estereotipos, que van desde la “mostrona” o prepagado, el pop, el hippie, el rebuscador, entre otros. En el día hay un gran desfile de personajes de toda clase. Pero, a altas horas de la noche cambian su característica y se transforman en cuerpo sinónimo de deseo, de construcción de madurez, de búsqueda de afirmación de su sexualidad, de construcción intensa de su personalidad. Es un espacio en el que el joven se encuentra en plena fase de construcción de su propio estilo de vida, permeado por las modas y todas las innovaciones posibles.

La Zona Rosa esta ubicada en un sector residencial, con pequeños sectores comerciales. Una característica importante es la cercanía a varias universidades de donde sale ese gran caudal de jóvenes que la habitan y la disfrutan. Son grupos conformados por amigos, colegas de carrera, combos, parceros, pandillas y toda la gama de relaciones espontáneas que van construyendo al ritmo de la música y de sus propios discursos.

En sus formas arquitectónicas, las construcciones no son monumentales, sino que forman parte de la traza barrial. Una característica distintiva de estos espacios es que los sitios de la rumba poseen todos los adelantos de la tecnología, propios para estos casos: sonido estridente, luces y efectos especiales. Entre los principales escenarios están las calles, como lugares de encuentro y de inicio de la jornada; mientras que los bares y discotecas son los lugares del éxtasis, de la realización y de la culminación.

Los usuarios son generalmente jóvenes de todas las clases sociales, pero también jóvenes “sin clase”. Una característica importante es que no aparece muy estereotipada o en su verdadera dimensión la distinción de clase. Todo esto no excluye la presencia de adultos,

aunque los jóvenes son los que mejor aprovechan estos espacios, que ellos mismos han construido.

Los símbolos son muy importantes en este ambiente y, en especial, se destacan algunos que tienen que ver con los procesos de identificación. Esto, se refiere, entre otros aspectos, a las diferentes clases de grupos, muy diversos a pesar de la aparente homogeneidad; las diferentes maneras de manifestarse los procesos de afirmación de su identidad juvenil; y la comunicación entre los individuos de un grupo y de este con otros, teniendo en cuenta la clase de relaciones que establecen y las maneras de transmitir sus diferentes códigos.

El impacto de la Zona Rosa sobre la ciudad es bastante notable, en especial, por su imaginario como “territorio de libertad” y “zona de tolerancia” en el buen sentido de la palabra, por ser lugares donde se establecen relaciones con otros sin reparar demasiado en las diferencias, más bien afirmando las afinidades y los elementos que invitan a compartir.

También presenta un contraste significativo entre la tranquilidad de las tardes, enmarcada dentro de la rutina diaria de la ciudad, respecto a la estridencia que identifica a la noche, el imaginario de refugio, cierta clandestinidad, enmarcado dentro de un imaginario de búsqueda.

#### **4. CONCLUSIONES**

La ciudad contemporánea se encuentra sometida a constantes revaloraciones y reinterpretaciones, teniendo en cuenta la gran diversidad de enfoques que se utilizan para su estudio. De esta manera ya no se le puede considerar como una estructura compacta, sometida a rígidos modelos y bien estructurada, sino que es notable su fragmentación y disgregación y la pérdida de referentes de totalidad, elementos que cambian su



configuración, lo mismo que las maneras de captarla y estudiarla. Todo esto, debido a los procesos de metropolización, de crecimiento inusitado, de crisis en los sistemas tradicionales de planeación y gobernabilidad, entre otros factores; pero también a los cambios de perspectivas en las ciencias sociales, a la importancia creciente de la interdisciplinariedad y a las innovaciones metodológicas.

Por su parte, el medio ambiente urbano se ha interpretado, en general, como la búsqueda de interrelaciones dentro de una totalidad sistémica, situación muy complicada de concebirse dentro de las ciudades actuales, sometidas a una diversidad de factores que las desestabilizan y las someten a la incertidumbre propia de estos tiempos.

En ese sentido, la presente propuesta pretende construir un campo de estudio muy concreto denominado “ambientes urbanos” que presentan una diferencia cualitativa y cuantitativa con los contextos ambientales urbanos tradicionales desde el enfoque ecologista. Los ambientes urbanos se pueden considerar como fragmentos o partes de un contexto medioambiental urbano, y su característica principal es su gran variedad, determinada por factores de tipo sociocultural y simbólico. Estos ambientes difícilmente se pueden considerar dentro de un esquema totalizador y holístico.

Los ambientes urbanos se entienden como construcciones simbólicas que los ciudadanos realizan sobre territorios concretos, a los que les otorgan características específicas y que son “apropiados” culturalmente. En general, son territorios que poseen su propia identidad, especializados para el uso y el disfrute; a los cuales se les frecuenta, usufructúa y aprovecha. Se caracterizan y diferencian de otros, por medio de las historias que se les van creando, los rituales que se vuelven consuetudinarios y los símbolos que los impregnan. A la vez son territorios múltiples, dispersos, fragmentarios, efímeros en muchos casos. Su identidad puede cambiar intempestivamente debido a factores como la novedad, la moda, los usos institucionales o los gustos personales. Esto lleva a plantear que son lugares que no tienen asegurada una permanencia en el tiempo, que son cambiantes, líquidos.

Es muy común por ejemplo, escuchar dentro de la ciudad expresiones como “ese ambiente es muy pesado”, “el ambiente se ve interesante” o “no me gusta para nada el ambiente que se respira aquí”. De manera que el ambiente es un modo de actuar de determinados grupos, que se detecta mediante los sentidos y trasciende hacia aspectos emocionales y mentales.

Este campo de los ambientes urbanos es fundamental para entender lo que sucede en la ciudad contemporánea, con las diversas manifestaciones de lo urbano, entendido como comportamientos sociales en la ciudad.

Así, en Manizales por ejemplo, hay ambientes caracterizados por diferentes apropiaciones simbólicas, territorios del miedo como la comuna Olivares o barrios como Solferino, Caribe, etc.; territorios de diversión como los Centros Comerciales, los parques y las plazas; territorios de contemplación y solle como los metederos de droga situados en las canchas de Chipre o en los altos de la Sultana, con paisaje incluido; territorios del recuerdo ubicados en algunos parques y cafetines donde se congregan los jubilados; territorios de consumismo los Centros Comerciales, la calle y la carrera 23, entre otros. Pero estos territorios no son lugares de una sola actividad sino que combinan diversas modalidades de uso y disfrute. Estos territorios poseen su propio ambiente, netamente urbano, construido y apropiado socialmente.

La antropología urbana, desde la Escuela de Chicago, ha sido propulsora de los estudios urbanos, en un principio ligados a los enfoques sociológicos pero luego con la pretensión de tener un campo específico de estudio. De esta manera asume la investigación de grupos humanos urbanos, especialmente marginados, excluidos, migrantes o relegados económica y socialmente, que convierten a la antropología en una ciencia de la *indaptación*, la *exclusión* y la *desviación* sociales (Delgado, 2002: 4).

Pero la antropología urbana actual también contribuye a la caracterización de lo urbano, en general, mediante los enfoques autorreflexivos que implican una mirada sobre la construcción cultural de la urbe desde sus “propios” elementos culturales. Es una propuesta acerca de los ciudadanos, que han nacido y crecido en la ciudad y que poseen elementos de una cultura citadina, formada en la propia ciudad, mediante elementos híbridos, que necesariamente poseen características propias de los lugares de origen de sus ancestros. Pero es una construcción nueva, colectiva pero fraccionada, que tiene sus propias cualidades, dependiendo de las clases sociales y de la misma ubicación territorial en la ciudad.

De esta manera, los estudios sobre cultura urbana, enfocados desde la antropología amplían significativamente su espectro y generan una gran variedad de enfoques temáticos y metodológicos. Es importante el aporte metodológico que realiza Clifford Geertz, retomando la etnografía, pero ya no desde una perspectiva únicamente descriptiva sino que trasciende hacia la hermenéutica, lo que le aporta a los tradicionales trabajos de campo, una mirada comprensiva e interpretativa a los estudios sobre ciudad acorde con la diversidad de formas culturales que adquieren en la contemporaneidad. En este mismo sentido, es fundamental el aporte que hace el antropólogo urbano Manuel Delgado respecto a la valoración de los estudios microsociales en la ciudad, que rompe con los esquemas modélicos y totalizantes de los enfoques clásicos, asumiendo los fragmentos sociales y la diversidad cultural.

La conformación del campo de estudio de lo ambiental urbano exige la generación de un corpus metodológico adecuado, no sólo a las temáticas ambientales sino al cambio de paradigmas en las ciencias sociales. Así como se asumen estudios de corte sistémico y totalizador para entender lo que es la ciudad en general, también se deben tener en cuenta los enfoques microsociales y multiculturales, que generan una mirada desde aspectos muy concretos y estudiados en profundidad. De esta manera las visiones totalizantes deben complementarse con las particularistas para construir visiones, interpretaciones y

perspectivas múltiples sobre la urbe, hacia las explicaciones del fenómeno urbano y la búsqueda de una mejor calidad de vida.

Desde estas dos perspectivas de corte antropológico se abre un gran campo de estudio de lo urbano que necesariamente se puede aplicar a los estudios ambientales, teniendo presentes los componentes socioculturales y simbólicos. Esto exige, por otra parte, un trabajo intenso de corte interdisciplinario, abierto a nuevas propuestas, que conduzcan hacia investigaciones aplicadas, con el fin de generar estudios sobre los componentes y modalidades de las ciudades actuales, metropolizadas, caóticas, heterogéneas e interconectadas, dentro del proceso globalizador. Se deben determinar los elementos que conforman la ciudad actual, que rompen los modelos clásicos y se asumen desde una mirada, ante todo de tipo humanista, pero también más subjetiva, vivencial, estética, comunicativa y valorativa del componente patrimonial. Todo esto, buscando un conocimiento más profundo de la ciudad que contribuya a generar mejores niveles de bienestar para los ciudadanos.

Los ambientes urbanos de Manizales son un intento de ver la ciudad desde algunos fragmentos, que de todas maneras en su conjunto remiten a un estilo propio de ciudad o de su representación concreta. La caracterización de algunos ambientes urbanos en Manizales contribuye a aportar elementos teóricos y metodológicos al desarrollo del tema ambiental urbano desde la antropología urbana, aplicados a una realidad concreta, generando campos de estudio más amplios que el tradicional enfoque ecologista.

Por último, no se trata de hacer comparaciones entre los diversos ambientes sino, por el contrario, destacar sus diferencias, manifestaciones y usos, teniendo en cuenta que las perspectivas que asumen la variedad, la diversidad y la otredad, rompen con las concepciones modélicas que entran en crisis debido a la fragmentación espacial, sociocultural y simbólica de las urbes actuales.

Los tres tipos de ambientes estudiados permiten generar un conocimiento sobre las diversas formas de apropiación cultural de los territorios con las implicaciones que ello tiene en la construcción de imaginarios y representaciones sociales de la ciudad.

## 5. BIBLIOGRAFÍA

Angel Maya, Augusto (1988). El retorno a la tierra. Instituto de Estudios Ambientales (IDEA). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

\_\_\_\_\_ (1995). La fragilidad ambiental de la cultura. Editorial Universidad Nacional de Colombia. Bogotá: Instituto de Estudios Ambientales

\_\_\_\_\_ 1996). El reto de la vida –Ecosistema y cultura. Una introducción al estudio del medio ambiente. Bogotá: Ecofondo.

\_\_\_\_\_ (2000). La aventura de los símbolos. Una visión ambiental de la historia del pensamiento. Bogotá: Ecofondo.

Arango, Silvia y Salmona, Rogelio. (2000): La arquitectura en la ciudad. En: la ciudad hábitat de diversidad y complejidad. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Arturo, Julián (comp.). (1994a). Pobladores urbanos (I). Ciudades y espacios. Bogotá: Tercer Mundo editores-ICAN.

Balandier, Georges (1990). El desorden. La teoría del caos y las ciencias sociales. Elogio de la fecundidad del movimiento. Barcelona: Gedisa editorial.

Bettini, Virginio (1998) Elementos de ecología urbana. Valladolid: Simancas ediciones S.A.

Bohannon, Paul y Glazer, Mark. (1992): Antropología. Lecturas. Madrid. Madrid: Mc Graww Hill editores.

Borja, Jordi y Castells, Manuel (1997). Local y global. La gestión de las ciudades en la era de la información. Madrid: Taurus.

Capra, Fritjof (1999). La trama de la vida. Una nueva perspectiva de los seres vivos. Barcelona: Editorial Anagrama.

Castro-Gómez, Santiago (2000). "Teoría tradicional y teoría crítica de la cultura", en S. Castro-Gómez (editor). La reestructuración de las ciencias sociales en América Latina. Bogotá: Instituto Pensar/Centro Editorial Javeriana.

Creixell, Rosa y Sala, Teresa M. (1997): Una reflexión sobre los artefactos. La problemática de la conservación y presentación de una parte significativa del patrimonio mueble. En: Rincón Cardona, Fabio. Maestría en Medio Ambiente y Desarrollo. Electiva ciudad y Territorio. Universidad Nacional de Colombia, sede Manizales.

Cruz Kronfly, Fernando (1995): La ciudad como representación. En: Politeia No. 17. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Chaparro Valderrama, Jairo. (2000). Significados de ciudad. En: la ciudad y las ciencias sociales. Instituto Distrital de Cultura y Turismo. Bogotá: Centro editorial javeriano CEJA.

Chueca Goitia, Fernando (2000). Salamanca (España): Alianza editorial.

De Certeau (1996). La invención de lo cotidiano I. Artes de hacer. México: Universidad Iberoamericana.

Delgado, Manuel (1994) La ciudad no es lo urbano. Hacia una antropología de lo inestable.

\_\_\_\_\_ (1999a). El Animal Público. Barcelona: Anagrama.

\_\_\_\_\_ (1999b). Ciudad líquida, ciudad interrumpida. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.

\_\_\_\_\_ (2002). Disoluciones urbanas. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.

\_\_\_\_\_ (2003). Dinámicas identitarias y espacios públicos. En: <http://www.cidob.org/Castellano/Publicaciones/Afers/43-44delgado.html>

Duque, Felix (1986). La naturaleza cibernética. En: Filosofía de la técnica de la naturaleza. Madrid: Ediciones Tecnos.

Echeverría, María Clara y Rincón, Análida (2000). Ciudad de territorialidades. Polémicas de Medellín. Medellín: Colciencias - Universidad Nacional de Colombia Sede Medellín.

García Canclini, Nestor (ed.) (1987). Políticas culturales en América latina. México D.F.: Editorial Grijalbo.

García Canclini, Nestor (1995): Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la Globalización. México: Editorial Grijalbo.

García Canclini, Nestor (1999): Un libro para repensar nuestras ciudades (prólogo). En: Antropología Urbana. Universidad Autónoma Metropolitana. Anthropos. México.

- Geertz, Clifford (1992): La interpretación de las culturas. Barcelona: Gedisa.
- Giraldo Isaza, Fabio (2000). Ciudad y creación. En: La ciudad: hábitat de diversidad y complejidad. Universidad Nacional de Colombia. Santa fé de Bogotá.
- Giraldo Isaza, Fabio (1999): Ciudad y crisis. ¿Hacia un nuevo paradigma? Santa fé de Bogotá: Tercer Mundo Editores.
- Giraldo Isaza, Fabio y Viviescas, Fernando. (1996): Pensar la ciudad. Bogotá: Tercer Mundo editores.
- Glick, Curtis Robert. (1992): Desarrollo urbano. Módulo autoformativo. Bogotá: Escuela Superior de Administración Pública.
- Guber, Rosana (2001). La etnografía. Método, campo y reflexividad. Bogotá: Grupo editorial Norma.
- Heno Delgado, Hernán (compilador) (1997). Perspectivas ambientales urbanas. Simposio Ciudad y Medio Ambiente Urbano. Medellín: INER. Universidad de Antioquia.
- Jokilehto, Jukka y Feilden, Bernard M. (1995): Manual para el manejo de los sitios del patrimonio mundial cultural. Bogotá: Colcultura
- Kottak, Conrad Phillip (1994). Antropología. Una exploración de la diversidad humana. Madrid: McGraww Hill.
- Lefebvre, Henry (1975) El derecho a la ciudad. Barcelona: Ediciones península.
- Leroi Gourhan, André (sf). Los símbolos de la sociedad. En: El gesto y la palabra. Edición Caracas: Universidad Central de Venezuela.
- López Correa, Bernardo (2000). La ciudad en la reflexión filosófica. En: La ciudad: hábitat de diversidad y complejidad. Torres Tovar et al. (compiladores). Bogotá: Editorial Universidad Nacional de Colombia.
- Lynch, Kevin (1965) La ciudad como medio ambiente. En: La ciudad. Scientific American. Madrid: Alianza Editorial.
- Maldonado, Carlos E. (1999). Visiones sobre la complejidad. Santa fé de Bogotá: Ediciones el Bosque.
- Martín Barbero, Jesús. (1991). "Ética y cultura". En: Colombia una casa para todos. Santafé de Bogotá: Ediciones Anthropos Ltda.
- \_\_\_\_\_ (2001). Al sur de la modernidad. Comunicación, globalización y multiculturalidad. Instituto internacional de literatura iberoamericana. Pittsburg, PA: Universidad de Pittsburg.
- \_\_\_\_\_. (1994): Mediaciones urbanas y nuevos escenarios de comunicación. En ciudad y

Culturas. Medellín: Departamento de Antropología Universidad de Antioquia.

\_\_\_\_\_. (1996). Pre-textos. Conversación sobre la comunicación y sus contextos. Cali: Editorial Universidad del Valle.

\_\_\_\_\_. (1998). Un nuevo mapa cultural. En: La ciudad observada. Violencia, cultura y política. Bogotá: Tercer mundo editores.

\_\_\_\_\_. (2001). Políticas Culturales de nación en tiempos de globalización. Bogotá: Cátedra de políticas culturales del Ministerio de Cultura.

\_\_\_\_\_. (1998). De los medios a las mediaciones. Bogotá: Convenio Andrés Bello

Martínez M., Miguel (1991). La investigación cualitativa etnográfica. Caracas: Editorial Texto S.R.L.

\_\_\_\_\_ (1997). La investigación cualitativo-etnográfica en educación. Manual teórico-práctico. Círculo de lectura alternativa Ltda. Bogotá.

\_\_\_\_\_1989): Comportamiento humano. Nuevos métodos de investigación. México: Editorial Trillas.

Monnet, Jerome (1999). Las escalas de representación y el manejo del territorio. Ponencia presentada en el Primer Seminario Internacional "Territorio y cultura: del campo a la ciudad. Últimas tendencias en teoría y método. Manizales: Universidad de Caldas, Departamento de Antropología y Sociología. Manizales: Texto provisional.

Montoya, Jairo. (1999) Ciudades y Memorias. Facultad de Ciencias Humanas y Económicas de la Universidad Nacional de Colombia Sede Medellín. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.

Naveillan F., Pedro. (2003) Hacia una Ecología Humana. En: <http://www.ayudaalavida.cl/revista/revista/8-12/haciaunaeh.htm>.

Noguera, Patricia y Echeverri, Jorge (1999). Etica, ciudad y vida. En Risaralda educadora. Pereira: Gobernación de Risaralda.

Noguera et al (2000). Lo urbano, lo rural y lo agrario: modelo rizomático de investigación rur-urbano-agrario. En: el Medio Ambiente Agrario. Manizales Verificar

Noguera, Patricia et al (2000). Caldas Ambiental Agrario. Manizales: IDEA- COLCIENCIAS. Inédito.

Noguera, Patricia (2004). Estéticas ambientales urbanas. En: El reencantamiento del mundo: ideas filosóficas para la construcción de un pensamiento ambiental contemporáneo. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.



OConnor y McDermott (1998). Introducción al pensamiento sistémico. Recursos esenciales para la creatividad y la resolución de problemas. Barcelona: Ediciones Urano S.A.

Odum, Eugene y Sarmiento, Fausto. Ecología (1998). El puente entre ciencia y sociedad. México: Mc Graww Hill interamericana.

Olea (1989). Catástrofes y monstruosidades urbanas. Introducción a la ecoestética. México: Editorial Trillas.

Pérgolis, Juan Carlos (1998). Bogotá fragmentada: cultura y espacio urbano a fines del siglo XX. Bogotá: Tercer Mundo editores.

Perfil Ambiental Urbano de Colombia. Caso Manizales. Resumen. (1995): Instituto de Manizales: Estudios Ambientales -IDEA-

Pineda Giraldo (1994). Antropología urbana. Ciudad y región. En: Pobladores Urbanos. Ciudades y espacios. Julián Arturo (compilador). Bogotá. Tercer Mundo editores. ICAN

Reynoso, Carlos (1992). Interpretando a Clifford Geertz. En: La Interpretación de las Culturas. Clifford Geertz. Barcelona: Gedisa editorial.

Rojas, Edilsa y Guerrero, Martha (1997): La calle del Barrio Popular. Fragmento de una ciudad fragmentada. En: La calle. Lo ajeno, lo público y lo imaginado. Santa fé de Bogotá: Documentos barrio taller (Serie ciudad y hábitat).

Salabert, Pere (1995). La verdad en el espejo y la comida de aire. A manera de prólogo. En: Montoya, Jairo. Ciudades y Memorias. Facultad de Ciencias Humanas y Económicas de la Universidad Nacional de Colombia Sede Medellín. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.

Saldarriaga Roa, Alberto (2000). Imagen y memoria en la construcción cultural de la ciudad. En: la ciudad hábitat de diversidad y complejidad. Universidad Nacional de Colombia. Santafé de Bogotá.

Salmona, Rogelio y Jaramillo, Raúl (1990). "El patrimonio cultural" en Autores Varios, Foro sobre cultura y constituyente. Instituto Colombiano de Cultura. Bogotá: Colcultura,. En: Alberto Saldarriaga Roa. La formación en el área del patrimonio cultural. Ponencia presentada en el I Seminario Nacional de Formación Artística y Cultural del Ministerio de Cultura.

Santos, Milton (1995). La aceleración contemporánea. Tiempo, mundo y espacio-mundo. En: Revista Universidad del Valle. No. 10. Cali

Signorelli, Amalia. (1999): Antropología urbana. Barcelona: Anthropos.

\_\_\_\_\_. (2000a): Imaginarios urbanos. Bogotá: Tercer Mundo editores.

Silva, Armando. (2000b): Ciudadano, mente y tecnología. En: La ciudad: hábitat de diversidad y complejidad. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Ulloa, Alejandro (1999). La ciudad globalizada: una mirada antropológica. En: Globalización Incertidumbres y Posibilidades. Política, comunicación, cultura. Fabio López de la Roche (editor). Bogotá: Tercer Mundo editores. IEPRI. Universidad Nacional de Colombia.

Vanegas, Marcela (1999). Del Paisaje a los Paisajes. Tesis de grado: Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín.

Viviescas Monsalve, Fernando (2000): Pensar la ciudad colombiana: el reto del siglo XXI. En: La ciudad: hábitat de diversidad y complejidad. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Wallerstein, Emmanuel (1999). “La cultura como campo de batalla ideológica del sistema-mundo moderno”, en Castro-Gómez, Guardiola-Rivera y Millán de Benavides (editores), Pensar (en) los intersticios. Teoría y práctica de la crítica poscolonial. Bogotá: Instituto Pensar/Centro Editorial Javeriana.

Xibillé M. Jaime (1995). La situación posmoderna del arte urbano. Medellín: Universidad Nacional de Colombia – Universidad Pontificia Bolivariana.

Yepes, Diego (1998). La calidad de vida y su operacionalización. En: La ciudad observada. Violencia y cultura política. Campos y Ortiz (compiladores). Bogotá: Tercer Mundo editores.

Zambrano P. Fabio (2000): La ciudad en la historia: el reto del siglo XXI. En: La ciudad: hábitat de diversidad y complejidad. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.